

Capítulo 4

Beneficencia y caridad

Jacqueline¹

Nací en Curicó en La Cera, según lo que mi mami me ha contado, pero no sé dónde queda ese lugar, sólo sé que queda detrás de la cárcel; tengo 38 años. Cuando chica vivía con mi papá, mi mamá y mis hermanos hasta los cuatro años por lo menos. La casa era de mi abuela, cuando nos fuimos de ahí, nos fuimos a arrendar al cerro. Ahora mi mamá tiene casa propia, allá en Los Aromos viven ellos, en una población grande. En cuanto a mi papá, era victoriero (de Victoria) y trabajaba en carnicería. Mi mami es maestra de cocina y ha trabajado toda la vida en eso. Trabajaba en el Estadio Español, en el Instituto del Comercio y en el Club de La Unión. Sacó el primer y segundo lugar de la mejor cocinera de Curicó, es famosa.

Estudié hasta octavo, pero a la mitad. Después me fui a trabajar a Santiago, tenía como trece años. Me fui con unos vecinos que tenían un negocio donde vendían sellos... no me acuerdo. Los conocí por una amiga que trabajaba con ellos y por ella me llevaron a trabajar allá. Estuve un tiempo trabajando en Santiago, como ocho o nueve meses y después me vine, porque eché de menos mi casa, mi mami, todo... Volví a Curicó y me quedé aquí. De ahí no trabajé, después tuve el primer hijo. Eso fue cuando tenía 17 años, iba a cumplir 18. Y de ahí después tuve otro porque tuvimos cuatro hijos, seguidos. Con el papá estuve como trece años, pero era muy bueno para el trago. Entonces me trataba mal, me separé de él.

Vivíamos con mi mamá en Los Aromos. Allá estuve inscrita en casa, tuve problemas, donde mi marido pasaba curado no podía tener la plata para la libreta de ahorro. Eso fue hace muchos años atrás, por lo menos tenía como 18 a 20 años cuando me inscribí para tener casa, cuando postulé, una cosa así, ya llevo años acá (a las orillas del río) viviendo. A mí me habría tocado en esos tiempos tener casa propia, pero también hubo problemas. Para postular tenía que tener, ¿cuánta plata era?... No me acuerdo, pero tenía que ir a postular a la municipalidad. Yo quería tener mi casa propia... todavía. Hasta ahora no he tenido posibilidad de tenerla. Después me separé.

La segunda pareja

Así que me fui donde la hermana del marido que tengo ahora. Aquí en la (población) Santa Lucía vivía él, aquí al lado. Ahí estuve viviendo un tiempo. Me

¹ Historia realizada en el verano del año 2003, en el living de la precaria casa de madera y cartón de la señora Jacqueline, a orillas del río Rauco en Curicó.

volví a emparejar y con mi pareja actual ya llevo diez años. Es el papá de mi hija que tiene seis años, chiquitita, la regalona de todos. Trabajábamos la fruta y en lo que más podíamos, para ir a dejarle plata para el mes a mi mami, porque ella me cuidaba los niños para que yo pudiera trabajar.

Vivíamos con una cuñada en la pieza, comprábamos el gas, ayudábamos con las cosas de comida. Pero se puso pesada la hermana, entonces para que no pelearan, nos fuimos donde la otra hermana. Allá pasó lo mismo y entonces fuimos a arrendar una pieza. Estuvimos dos años no más y después nos vinimos donde el papá de él. La patrona, la dueña de la casa, la pidió la pieza. En ese tiempo mi marido trabajaba en IANSA (fábrica de azúcar) como contratista, parece que ganaba el mínimo.

Después nos vinimos a donde el papá de mi marido. Ahí él nos puso una pieza, pero nos trataba muy mal, de maraca (mujer de mala vida) me trataba porque yo no le daba plata para vino, no le daba ni para cigarros. Era alcohólico, claro. Un día yo estaba gordita (embarazada) de la niña y no hallábamos qué hacer porque no teníamos donde irnos. Llega entonces mi marido y lo escucha cuando me estaba retando y yo estaba llorando, desahogándome... ese mismo día “me mejoré” (parió); de tanto llorar y tan mal que me trató. Entonces yo le dije: “Jaime vamosnos para donde sea”. Y como justo aquí (en la orilla del río) había una toma de terrenos y estaba un primo de él, le dijimos si acaso nos podíamos venir. Y el primo estaba verde (con ganas) porque nos viniéramos, porque nosotros teníamos la televisión y ellos no tenían. Un caballero de al lado nos prestó el camión, él mismo nos fue a buscar con el camión de él y no nos cobró. Teníamos esa pura piececita, nada más, y nos quedamos acá en el río.

Los hijos

Me habría ido de aquí del río hace tiempo. Tengo una hermana en Antofagasta, me decía que me fuera con ella, con la niña; pero, y mi hijo? Un hombre, de veintidós. Ese pasa puro andando, igual que el papá. Puro tomando por ahí con los amigos, también estuvo preso. Lo culparon de un robo, un tonto de por aquí lo culpó que le había robado una cartera a una señora, no sé. Estuvo tres años, ya salió.

El otro menor que tengo también está preso, porque también le echaron la culpa de robar en una carnicería. Tiene veinte años ese, pero a ese le queda un año, en un año si Dios quiere queda libre. Yo creo que lo deben pasar mal en la cárcel. Por ser en la semana no voy porque trabajo, pero el día domingo estoy parada ahí esperando la visita. Le llevo de todo, pancito, de todo lo que le falta. Dos horas, de las dos a las cuatro estamos con ellos. Los días de fiesta son todo el día. Por ser para la Pascua estuve todo el día, de las diez a las cuatro y media, para el Año Nuevo igual. Con mi hija no más, porque a los otros no les gusta ir a la cárcel. Yo tampoco los entusiasmo a que vayan porque, para qué?

Mi hijo dice que está bien, por lo menos está luchando, esperando que le llegue el tiempo, ese es el segundo. Él llegó hasta cuarto (enseñanza básica) parece, pero está terminando allá adentro. Parece que después le hacen cursos ahí, después le dan un diploma o no sé que cosa para que estudien afuera el tercero

y el cuarto medio. Es que mi marido lo hizo así (en la cárcel), hizo el primero y el segundo no más.

Mi hijo mayor, estudió todos los cursos, hasta cuarto medio. Adentro de la cárcel eso sí, para lo que le ha servido... Mi hijo trabaja de repente, va a trabajar la fruta, pero trabaja sus tres a cuatro días y ya se pone con sus amigos a tomar. Para trabajar en la fruta no necesita cuarto medio. No sé que querrá, quiere irse para el campo donde la familia del papá. Es que ese es más cercano a ellos, como es más parecido a él. Le digo yo, "por eso eres bueno para tomar". Porque el papá lo agarra ahí en la misma calle y le dice, "venga hijo para acá", y le ofrece una copa de vino y eso no lo debería hacer el papá. Pero lo hace y ahí está el hijo, como él.

El tercero de mis hijos se llama Juan Pablo, él tiene dieciocho años. Ese trabaja en panadería, estudió hasta primero medio y se salió. Mi mamá le pagaba todos los estudios a él y se retiró y está trabajando en panadería. Recibe plata todas las semanas haciendo pan. Aprendió porque mi cuñada trabaja en eso y lo llevaba los domingos y le enseñó todo; y ahí aprendió porque es bueno para trabajar, hace todo tipo de pan. Pablito me ayuda con el pan, todos los días me manda el pan a mí y a mi mamá. Me saca de apuro en hartos porque el pan es básico.

El trabajo

En este tiempo yo trabajo en tomates, la fruta... el período no más. El resto del año no me deja él (pareja). El trabaja, él tiene que poner todo para la casa. Ahora llevamos un mes trabajando la (cosecha de) guinda. Después en marzo viene la uva, ahí también trabajo la uva, dura como quince días y nada más. Ahí no trabajo más. También está la pera, la manzana, pero eso es muy pesado para mí. O sea, yo lo encuentro pesado, además él no me deja. Si al final trabajo el mes de la guinda y los quince días de la uva.

Antes trabajaba igual no más y el resto del año le iba a ayudar a mi mami, le salían peguitas de maestra de cocina y ahí partía yo a ayudarlo. No me hubiese gustado dedicarme a trabajar con ella, mucho trabajo. Es duro, uno tiene que llegar con todo, de repente piden una comida de repente piden otra, otra... Aprendí hartos eso sí, pero como ayudante sí, porque uno ayudaba a pelar papas, que hacer esto, que hacer esto otro, pero para maestra no, no serviría.

Mi marido no me deja trabajar, si sólo en esta temporada... hacen dos años que trabajo. Ahora me deja trabajar porque sacamos más frutos no más pues. Se gana un poco más al estar los dos. Ahora solo trabajamos de día porque de noche mi marido entra a la cárcel. Sale veinte para las seis (de la mañana) de la cárcel y se viene. Es un sacrificio todo eso. Y no puede no volver a dormir a la cárcel porque lo vienen a buscar y tiene que pagar en cárcel lo que le queda. El le pegó a la mujer que tenía, porque la mujer se había ido con otro y a él lo dejó tirado, por eso está pagando por esa condena. Seis años eran y estuvo tres años siete meses sin nosotros, y ahora va a la cárcel a puro dormir todos los días. Hay que tener harta paciencia estando sola.

La organización

Cuando a mi marido lo tomaron preso la niña estaba recién nacida. Entonces yo estuve años sola, luchando. Así que de ahí fue cuando me inscribí para la casa. Tengo todos los papeles de cuando me inscribí para la casa aquí. Cuando mi marido cayó en la cárcel, ahí fue cuando llegó esta toma de terrenos. Ahí me metí para postular a las casas en el grupo que se llamaba La Nueva Esperanza. Ellas mismas me invitaron a que me metiera en el grupo, ya pues, yo me metí. Me hicieron abrir una libreta, la abrí. Mi marido consiguió con un carabinero de adentro (de la cárcel), que lo quiere mucho, unas monedas y yo me conseguí otras monedas con mi mamá.

A mí me exigían todos los días la plata. Llegó al extremo que un día, la presidenta del campamento me dijo que tenía que tener todo, los ciento veinte mil pesos de la semana. Y yo sola no podía. Si yo no podía trabajar, a mí no me dejaban. Yo vendía carteras, monederos, todas esas cosas para tener para la casa, las vendía en el mercado. De repente me iba a vender ropa también, me traían ropa de Santiago las mujeres de la cárcel que venían a ver a los maridos o a los hijos. Ellas me conversaban y yo les conversaba y les preguntaba si tenían ropa que no usaran y que me la trajeran. Y ahí vendí para puro juntar plata para la casa.

La semana que había que tener toda la plata de un día para otro, a mí me dijeron: "Ya, mañana los ciento veinte mil pesos". Y yo ¿de a dónde iba a sacar de un día para otro? Si fueron meses no más, fue rápido, porque estuvieron como siete, ocho meses luchando en el campamento. Hacíamos bingos, hacíamos de todo, y yo no vi ni un peso de esa plata. No me devolvieron la plata, me mandaron una muñeca plástica de esas que venden a quinientos pesos en el centro. Yo fui y se las tiré y les dije yo no soy tan... para mi hija yo no quiero esas cosas. Así que no se las recibí, se la tiré no más... Y al final dije yo, perdí no más. De ahí la municipalidad nos retiró la luz, porque nosotros quedamos solos aquí en el río.

Me acuerdo que me hicieron firmar un papel antes de la reunión con Don Bernardo Pérez (de la gobernación). La presidenta del campamento me hizo firmar un papel en blanco. Yo lo firmé pensando que era para algo bueno, nunca pensé que era para retirarme del grupo, porque yo no tenía plata. Después cuando llegó don Bernardo la presidenta le dice:

-¿Sabe qué, don Bernardo? Tenemos un problema, sabe que esta señora se retiró del grupo.

- Yo le dije, ¿qué?

- Sí pues, usted se retiró, me firmó un papel.

- A ver, muéstreme el papel que firmé. Y va y me muestra el papel con todo escrito.

-Yo dije: Pero esa nunca ha sido mi letra.

- Pero es tu firma.

- Sí, es mi firma, pero el papel estaba en blanco cuando me hiciste firmarlo.
- Y me dijo don Bernardo: ¿Por qué lo firmó? ¿Por qué la hizo firmar?
- Porque ella me exigió la plata de un día para otro, le dije. Y me va a perdonar la palabra le dije, pero era una “maracada” pedir la plata de un día para otro. Menos los ciento veinte mil pesos cerrados. Ella me exigía de hoy día para mañana que tuviera esa plata y yo no la pude tener. Pregúntele si acaso ella la tiene en la libreta.
- Yo la tengo, me dijo.
- Mentira, le dije yo, no la tienes, acá ninguno tenemos la plata.

Si nadie la tenía... después vino “Un Techo para Chile”, “Chile Barrio”², ese les dio la plata a todos. Incluso había una señora que tenía unos paneles viejos ahí y esa señora no tenía ni uno. Yo tenía quince mil pesos y ella no tenía nada, y le dieron toda la plata. A mí me hicieron borrarme, esas tontas me hicieron borrarme del grupo porque yo no tenía la plata.³

En la municipalidad me dijeron que no podían hacer nada. La única que me dijo algo fue la señorita Carolina. Ella me dijo que yo tratara de poner la plata. La municipalidad me dijo, si usted se va a quedar en el río va a quedar sin luz y sin agua. Me quedé sin luz y sin agua, pero a mí me da luz una señora de allá atrás, yo le pago todos los meses eso sí. Pero yo le pago de los (subsidios) familiares de mis hijos. No debería hacerlo así. De ahí tengo que sacar para pagarle, porque esa es la plata de ellos, pero ellos están conscientes... Son tres platas las que saco, la de la niña, de mi hijo que está aquí que estudia y la mía. La plata de los tres se me va en pagar la luz y el agua.

La ayuda

La señorita Carolina es la del SERVIU⁴ (Secretaría de Vivienda y Urbanismo), esa también nos ayudaba con mercadería. Ella me ayuda casi todos los meses para que no me falten cositas para la casa. Ella me dice: “Cuando no tenga usted, viene.” Y yo le voy a hacer visita y me da algunas cositas. Ella viene a

² Jacqueline confunde dos programas de vivienda: Un Techo para Chile de la iglesia católica (que en el caso de esta historia no interviene) y Chile Barrio del Estado que sí aporta subsidio.

³ El Programa Chile Barrio exige un ahorro mínimo, en este caso \$120.000.-, para otorgar el subsidio a la vivienda. Aquellas familias que no logran ese ahorro quedan automáticamente fuera de la postulación y pierden su derecho al subsidio y por ende, la vivienda. Existen sin embargo, casos especiales, como el que nombra Jacqueline, para personas ancianas o con discapacidad física o mental; ellas están exentas de cumplir el ahorro mínimo. Jacqueline no es considerada un caso especial, por eso al no cumplir con la meta fijada por el grupo es excluida. La manera engañosa de hacer que Jacqueline renuncie a la postulación, se explica probablemente, porque el grupo de familias temió perder todo el subsidio al no lograr que todas las familias tuvieran los ahorros exigidos por el Estado. Cada familia debe también ahorrar individualmente, rara vez los fondos colectivos son suficientes para completar la meta exigida.

⁴ Es un error, en Serviú no pueden ayudarla con comida, Jacqueline se refiere a la Gobernación; nuevamente no distingue claramente el origen de la ayuda.

visitarnos primero; pero yo iba a lo lejos a buscar ahí porque acá en la municipalidad me ayudaban más la señorita Julia y la secretaria de ella. Ahora hace como dos meses que no la voy a ver porque estaba trabajando en la guinda.

La señorita Carolina es buena, súper buena, me dijo que tratara de poner lo más que pudiera en la libreta de la vivienda y ella nos ayudaba. Yo le dije que sí, que iba a tratar de poner dinero, pero como éste (la pareja) no quiere, porque no estamos casados los dos. Entonces no le toca a él la casa, le toca a mis puros hijos y mi hija. Entonces, yo no quiero ayuda de él. Por un lado prefiero hacerlo sola, para que si algún día me llego a morir queden mis hijos con sus cosas, porque yo lo quiero para ellos. Y así digan, “el día de mañana se puede morir mi mami y voy a tener donde quedarme”.

Entonces yo le dije que iba a tratar de juntar unas monedas. Pero hasta ahora no he podido porque las dan de a poco, en la guinda, las dan de a diez mil pesos. Hay que gastar la plata para el pan, que no vaya a faltarnos. Para la Pascua nos pasaron treinta mil pesos, para el Año Nuevo otros treinta. ¿Qué vamos a hacer con treinta? De a gota... Ya me comprometí a no trabajarle más a ese dueño porque de a gota el sueldo no nos sirve. Tenía pensado poner toda la plata en la libreta, ciento sesenta, la parte mía. Pero ahora terminamos mañana y solo tenemos ganado cuarenta. ¿Y qué vamos a hacer?

Soy agradecida

La municipalidad me ayudó con el techo. Este techo es nuevo, porque yo antes prendía fuego, vendía leña aquí. Es que las visitadoras a mí siempre me han ayudado, a mí me conocen. La Julia, es súper buena conmigo me ayuda en mercadería también. Cuando estaba sola me ayudaron mucho, ahí me regalaron el techo porque estaba sola y se me llovía todo esto. Cuando mi marido estaba en la cárcel, entonces yo pasaba arrinconada en un rincón para poder dormir con la niña, o a veces dejaba todo botado y me iba para donde mi mamá, porque mojadas pues... Así que ahí la municipalidad me vino a ver un día y ahí me dijo, ya vaya tal día y le vamos a regalar.

La municipalidad me ha ayudado mucho. Me ha servido bastante. En mercadería, en el techo, si me ha faltado algo para poner para mí o mi hija me lo dan, hasta los pañales. Cuando Jaime cayó preso y la niña estaba chiquitita me daban todo desde el pañal para arriba, la leche, etc. Iba todos los meses porque a mí la señorita me decía, venga todos los meses. Me ayudaban mucho, ellos repartían una bolsita así y a mí me la daban. No sé, me querían las señoritas, a lo mejor no fui mala yo pienso. Me refiero a atrevida con ella, no como otra gente que iba por pocas cosas y salía echando la *niñá* (el garabato, enojo) para afuera. Entonces como no fui así... todo se los agradecía, por poquito, pero les agradecía. Además, me conocen hace muchos años. Yo creo que más de veintidós años.

Voy a tener que luchar

De deseos para el futuro... trabajar, pero yo sé que no me van a dejar nunca. No sé, será miedo, porque cuando él estaba con la mamá del niño que tiene, trabajaba en un packing (centros de embalaje de fruta) y creo que la mujer andaba con uno y con otro en el packing. Entonces ese es el miedo de él, pero yo le digo que no me tiene que tener miedo porque no me tuvo miedo los tres años que estuve sola y me va a tener miedo estando presente con él mismo. Los tres años que estuve sola era para "joderlo" (serle infiel) con cuantas personas. Yo luché por mi hija, por él y por mí. Yo salía a vender, a las ocho de la noche ya estaba estirada en mi cama con mi hija.

Entonces qué saco con decir que voy a trabajar si no me va a dejar... qué saco con desobedecerlo... y mi hija... ¿Si después me separo de él? Una vez teniendo mi casa... No sé, yo voy a tener que luchar, de aquí a este año que viene voy a tener que tener la casa no más, como sea voy a tenerla. Por último voy a la radio y me ayudan. Mi "yerna" (nuera) fue a la radio y le dieron la plata para su casita. Fue ella a hablar con el dueño de la radio La Montina y le dijo acaso podían hacerle una ayuda porque a ella le vendían una mediagua en el Hogar de Cristo. Y llegó un caballero y le dijo qué cuánta plata necesitaba. Y ella le dijo lo correcto, le dijo: - "Cuarenta mil." Le dio los cuarenta mil y fuera de eso le dio cien mil pesos, qué mejor. Yo misma escuché pues, lo escuché en la radio, pero me da no sé qué hacer lo mismo, yo no sé cómo hacerlo. Esto fue en la radio de Curicó. Nosotros no hemos podido lograrlo todavía.

Pero no me gustaría quedarme aquí a no ser que pongan un baño. Quién no desea tener su casa. En todo caso no estamos tan mal, pero sí deseamos tener la casa. Nosotros aquí no estamos aburridos, queremos más, quien sabe lo que pase... Cuando llega mi hija pregunta, "cuando vamos a tener una casita para bañarme en el baño, para ducharme" o "una casa más bonita porque esta casa es fea". Para ella es fea, pero no sabe que el corazón es más grande que la casa.

Lo primero es que tengo que lograr mi meta de tener mi casa, pero para dejarles a mis hijos sí. Tengo que tener esa meta, lograr tenerles la casa porque yo sé que no se van a ir conmigo al campo. Me gusta el campo a mí, me gusta criar pollitos. Cuando estén grandes nos comemos los pollos, los estoy criando para invierno, para cuando no tengamos nada; si no hay plata se vende uno. Planté unas plantitas, tomates, ají, planté choclo, porotos de todo un poquito. Son cosas de la vida real, eso me gusta a mí, estos porotos, estos choclos.

Los sueños de mi marido... ah, es el sueño de irse al campo. De sobrevivir si pues, que vamos a hacer... No sé, yo deseo tener mi casa con mis hijos no más.

1. Presentación

Esta es la historia de Jacqueline, dueña de casa y trabajadora ocasional. Su relato se asemeja a la de otros siete pobladores: Rosa, Margarita, Luis y Pamela también de Curicó; Angélica y Lucía de Maipú; Guillermo, de Cerro Navia.

Todos estos relatos comparten la dificultad de sus protagonistas para narrar sus vidas; son relatos de escasas palabras, de fragmentos, y de muchos vacíos. Salvo Lucía con enseñanza media, pero esquizofrénica, todos tienen enseñanza básica incompleta y trabajos temporales y precarios. Angélica, analfabeta, no duda en señalar su dificultad para comprender lo que sucede en esta sociedad: "Se le echa la culpa al Gobierno, a los ricos, pero yo soy ignorante y no se por qué pasa eso de que no hay trabajo..."

Todos ellos comparten una trayectoria de pobreza extrema, de la cual nunca han podido ni sabido salir. Son historias donde la sobrevivencia es lo central, y el trabajo remunerado escasea o la precariedad de estos vuelve imposible cualquier mejoría en su condición de marginalidad y exclusión. Como Jacqueline, las mujeres deberán aprender a sobrevivir del dinero que les provee su pareja y el Estado, y aprender a sortear la prohibición de sus maridos para poder trabajar al menos esporádicamente.

Angélica, 51 años, enseñanza básica incompleta, empleada doméstica, casada, dos hijos, Maipú: "Yo trabajo por día (como empleada doméstica), pero hasta las personas con las que trabajaba están mal. La semana pasada no, es bien irregular... Me pagan cuatro mil pesos, yo les hago el aseo. Ni siquiera me da la plata de la locomoción, pero como está tan mala la situación uno no se puede regodear."

Luis, 45 años, enseñanza básica incompleta, calichero (extrae caliche del río), casado, 4 hijos, dos hijos viven en hogares de menores por maltrato infantil, Curicó: "Nuestras condiciones de trabajo no van a mejorar, el río siempre va a ser igual, para los calicheros siempre va a ser igual, hay una planta ahí y la planta nos limita. Una planta de árido que hay ahí, esa es la planta que nos corta los brazos porque las empresas sacan lo más fácil y a nosotros nos dejan lo más difícil, se saca mucho molido."

Lucía, 35 años, 3º medio, dos intentos de suicidio, dueña de casa, dos hijos, su pareja es obrero, drogadicto, Maipú: "Yo no puedo trabajar, yo soy demasiado nerviosa y si no estoy con medicamentos me puedo volver loca, esa es la realidad de las cosas... Los doctores me dijeron que tenía crisis de pánico y después se me presentó una enfermedad limítrofe, con intentos de suicidios, puro suicidarse e ir contra de uno."

Jaime, esposo de Jacqueline, 48 años, trabajador temporal, cumple pena remitida (duerme) en la cárcel, Curicó: "Yo soy originalmente del puente Rauco. Yo fui criado en el puente Rauco, llegué de un año acá al río. Toda mi vida ha sido el ripio, no sé otro trabajo que no sea el río. Mi padre trabaja allá, toda mi familia ha trabajado en el río."

La vivienda ha sido siempre una preocupación en sus vidas: allegados, arrendatarios, habitantes de la calle, y finalmente de campamentos, los años noventa representan la gran posibilidad de obtener una vivienda propia y "sólida", al decir de ellos. Sin embargo, no todos pudieron obtenerla. A pesar de haber intentado ahorrar y participar en un programa estatal, tres de estos

pobladores aún viven en campamentos. Para el resto la casa “les llegó” y la agradecen aunque la erradicación, es decir la salida de los lugares donde durante años habitaron, se les impuso desde arriba, desde el Estado y sus asistentes sociales. Ellos hubiesen preferido continuar viviendo en sus campamentos, donde “no estábamos mal”. La memoria y la nostalgia de un modo de vida más rural y libre permanece en todos:

Luis, Curicó: “Allá en el río estaba todo libre, a todo campo, le llamaban “pueblo sin ley”. Así le pusieron porque así se ganó la gente, sin permiso de nadie llegaron y pusieron rucas y vamos no más y vamos parando, si era verdad. Pero ahí no teníamos miedo, no pues, si era el lugar de nosotros, sabe que yo tengo casa ahí del ochenta y cinco... Yo me iría para allá si tuviera una casita que no se me fuera a mojar, yo hubiese tenido una mediagua completa yo me hubiese ido ya. Yo aquí en la villa más lo que he perdido que lo que he ganado.” (Y efectivamente, junto con la erradicación, pierde a sus dos hijos al ser acusado de maltrato infantil)

2. El contrato social

Estos relatos sin embargo, a pesar de las dificultades para relatar sus vidas dejan entrever, en un lenguaje simple y a menudo lleno de vacíos, un conjunto de significaciones que permiten aproximarse a los principios que debiera seguir el Estado y ellos mismos para salir de la situación de pobreza. A menudo estos principios se definen más por ausencia y por el deseo que así fuese; son verdades que nacen de la propia experiencia de marginalidad.

Justamente porque se saben a sí mismos sin salida, sumidos en la pobreza de siempre, de la sobrevivencia, al Estado se le demanda atenerse al principio de la solidaridad ante la necesidad de los más débiles y carenciados. A cada uno según su necesidad, según su propia carencia, individual. En todos estos casos, lo que se pide al Estado es el reconocimiento de la necesidad de sustento y ayuda; de manera directa, rápida y permanente en el tiempo. Esa es la forma del contrato social imaginado, un Estado omnipresente, paternal, presente en la vida de cada uno, capaz de resolver hasta las más pequeñas y particulares necesidades.

Margarita, 35 años, 4º básico, dueña de casa, tres hijos, su pareja es trabajador temporal en la cosecha de fruta, Curicó: “Yo creo que lo que pediría a la municipalidad es que me ayudara, que viniera a echar un poquito de ripio para el invierno, para los niños, por el agua, porque ni dios lo quiera...que se moje todo adentro... Esa ayuda le pediría porque la municipalidad no ayuda en nada, no hace nada, solamente si uno va a pedirle algo allá, pero ellos venir a ofrecerse, no. Y eso es un error encuentro yo, porque si ellos viven preocupados de la gente también tienen que bajar a terreno a ver como es el caso. Tampoco no pueden llegar y dar tampoco, pero tienen que ver el caso, y no hacen eso... Porque ¿quién nos aconseja?”

El consejo, el subsidio, la mercadería, la construcción y reparación de la vivienda... son leídos como gestos de un Estado que los reconoce en su necesidad, en su miseria y que asume el cuidado de los que más necesitan. Sólo así el Estado habrá cumplido su deber hacia ellos. La asistencia, la ayuda a la sobrevivencia cotidiana de cada uno está a la base de lo que debe ser el contrato social. Un Estado comprensivo, oportuno y pertinente; es decir, un Estado que resuelva lo que cada uno, desde su singularidad, le demanda.

Asistencia individual y no colectiva, cara a cara, que permita identificarse mutuamente, reconocerse y ojalá poder establecer un vínculo de afecto que asegure que la ayuda, en lo posible acompañada de un consejo o un gesto de deferencia, siempre estará allí, disponible para cuando se necesite. “Cuando no tenga usted, viene”, le dice la asistente social a Jacqueline que agradece ese gesto por sobre todo.

Al Estado se le pide sin embargo, que la ayuda no se pierda en el camino, porque en estos relatos las dificultades para comprender y confiar en las acciones colectivas son inmensas. Esta es una desconfianza que habla de las dificultades para comprender la lógica de la comunidad organizada, pero también de los “proyectos sociales participativos” que les propone el Estado. Estas son experiencias de escasa sociabilidad, de marginalidad y donde los códigos para la participación y acción concertada con otros a menudo están ausentes.

Lucía, Maipú: "Mira por eso te digo, que las cuestiones grupales no sirven, y si no son responsables o se gastan la plata... Entonces para que la plata se ocupe en lo que verdaderamente la gente necesita. Por último que cada persona beneficiada con esa plata la vinieran a visitar para ver que ha hecho, si realmente la necesitaba, si han tirado para arriba, en que están, para que todo sea transparente. En grupo no funcionan las cosas, uno que hay muchos conflictos, mucha envidia, muchas peleas, para esa cuestión yo no me presto. La municipalidad debiera dar canastas familiares, todas esas cosas, a las personas que lo necesitan sí. Dime una cosa, ¿cómo cuando ellos necesitan un voto llegan aquí las canastas familiares o los paquetes?"

La desconfianza en la intermediación de los dirigentes y las prácticas de clientelismo que en torno a ellos surgen, les indica que es mejor vincularse directamente – sin intermediaciones - con el Estado si se quiere obtener algún beneficio. La escasez de redes que vinculen a los iguales y al Estado conduce a desconfiar y buscar una salida individual. Como Jacqueline que finalmente percibe que el Estado le creyó más a la organización y a su dirigente que a ella misma.

La desconfianza en los iguales también nace de la evidencia de “ser el último peldaño” de la escala, por tanto, de la poca probabilidad de ganar si se compite con otros. “Hasta yo recibí un paquete de mercadería” señala sorprendida Lucía cuando recuerda los medicamentos que llegaron a la villa para las campañas electorales del diputado en su comuna.

La desconfianza en la organización también nace de la evidencia que el poder para cambiar su propia situación de pobreza no está en ellos. Luis, calichero del río Rauco por años, sabe que a pesar de participar en el sindicato de ripieros de nada sirve organizarse frente al poder de las empresas para imponer las reglas de la extracción de arena.

El modelo de un Estado que los ayude de manera permanente en el tiempo, es algo que ellos saben está lejos de asemejarse a su realidad. La experiencia les indica que el Estado tiene dificultades para identificar a los más carenciados e impone criterios de ayuda que desconocen que la pobreza persiste a pesar de la partida de los hijos, a pesar de los múltiples subsidios. La pobreza es dura:

Rosa, Curicó: "En la Municipalidad una vez me dieron cosas. Las otras veces yo fui y me dijeron que no porque yo era sola, ellos ayudaban a las personas que tenían niños. Yo le dije: "así que uno porque vive sola no tiene derecho a comer". Y en todas partes lo mismo porque en el Hogar de Cristo igual, cuando uno va a pedir algo, le dan a las personas que tienen niños no más, a las solas no."

Margarita, Curicó: "Con la visitadora del (subsidio) familiar una vez al año voy a conversar con ella. No me gusta el trato porque a mí lo que me gustaría es que me dieran una esperanza o una respuesta buena, porque no saca nada ir uno y uno y uno, mil veces. A mí me gustaría que adonde uno fuera a hacer un trámite no nos molestaran tanto, que nos trataran un poquito mejor. Ellos dejan los papeles ahí no más, le dicen que hay que seguir esperando, esa es la respuesta."

Finalmente, la entrega o no de ayuda es percibido como una decisión fundamentalmente arbitraria. A ello se agrega que la negativa de asistencia o la desconfianza de la asistente social hacia quien pide ayuda serán siempre leídos como gestos de humillación y de negación de la propia persona, hasta el absurdo como bien describe Guillermo:

Guillermo, 43 años, enseñanza básica incompleta, estafeta, soltero, vive con un hermano enfermo mental de 48 años, no logró obtener su vivienda por ser soltero sin hijos, Cerro Navia: "...me dijeron que yo podía participar en el sistema de Chile Barrio, pero después me salieron que no porque como yo era soltero no tenía derecho a departamento...Y entonces ahí hubo un pequeño descontento porque uno me decía una cosa y otro me decía otra. Y le dije yo: "entonces por un departamento tendría que casarme con mi hermano o tener un hijo con mi hermano...No quiero seguir viviendo más como gitano, si usted me dice que en tanto tiempo van a entregar la casa y los departamentos yo en ese tiempo junto la plata que me está pidiendo...aquí yo soy soltero, pero tengo un hermano que es mi familia".

3. La tensión identitaria

En estos relatos, la socialización primaria aparece siempre como una historia de abandono y errancia en la memoria. Todos se hicieron adultos muy jóvenes, aún púberes se emparejaron, tuvieron hijos o comenzaron a trabajar. Socialización de apremios y sentido de sobrevivencia que los iguala en su identidad de marginales, de "gitanos", de "forasteros y esclavos", como ellos mismos se denominan. Una infancia de la que no hay recuerdos felices y que, como Guillermo, es difícil de relatar sin emocionarse.

"Yo soy Guillermo Rojas Carrera, tengo 41 años y de chico trabajé para alimentar a mi mamá, para ayudar para la casa. Yo empecé a trabajar a la edad de 8 años, salía a fletar a la feria, iba más bien dicho a pedir a la feria, a los puestos verdura... Mi manera de fletar no era un carretón, eran de esas cajas plataneras que las amarraba con un cordel y en eso, cómo niño chico, la gente me ocupaba y yo tiraba con un cordel las cajas y llevaba las bolsas, ya después fui creciendo... fue mucho deambular, parecíamos gitanos. Arrendábamos siempre, nunca tuvimos una casa (se le quiebra la voz) Por ser mi padre está muerto, el murió cuándo yo tenía tres años... ahí cuándo nosotros estábamos chicos comíamos hasta en la calle con mi mamá...ahí en los subterráneos dormíamos."

Una identidad que se va constituyendo en el vagar sin rumbo y la soledad de vivir siempre en los márgenes. En estos relatos “el nosotros” no surge jamás, son historias solitarias, de mucho abandono y donde las identidades colectivas no existen. Sin familias estables, sin oficio, sin comunidades desde donde construir vínculos de pertenencia, las identidades se van armando de manera fragmentada, frágil, desde la carencia y la ausencia de atributos: “soy ignorante, no comprendo...” Y aun Jacqueline, que sí tuvo una madre que le enseñó un oficio, no logra – al igual que todas las demás mujeres- jamás la autonomía, romper con la dependencia a sus hombres que junto con maltratarla, la protegen simbólicamente de un entorno social incierto y desvalorizante. Como Rosa, que “se junta” con su pareja “para no andar sola...”

Rosa, Curicó: "Me casé a los trece años, no estaba ni ahí, no sabía ni una cosa. No me casé, me robaron. Él era mayor como doce años. Ahí nos fuimos para Osorno, para el campo... Me junté con el segundo marido que pillé para no andar sola, y me vine. Lo mataron aquí en la población cuando llegamos, hacía un año que estábamos... Si a él parece que lo mataron así a palos. Nadie reclamó nada, si no tenía familiares y yo... El papá de las chicas, ese es muerto igual. Al papá de las chicas nunca le dio por tener casa, era más... le gustaba andar para allá y para acá, si donde había trabajo vivía... Yo andaba con él y las chicas, por eso nunca teníamos nada, casa por lo menos. ¡Qué! ...si no tenía papeles, ni carnet, nada. Y yo estaba en las mismas, si no se le daba ni a él, menos a mí. Yo tampoco estaba registrada... Yo tenía como veintiocho años más o menos cuando saqué el carnet (de identidad)."

En esta búsqueda de la propia identidad, la cuestión central es la alteridad; la conciencia de un "otro". La familia, el grupo, la localidad son las fuentes primarias de sentidos identitarios para los individuos. Estos son espacios de significados que permiten establecer las orientaciones básicas para vivir en sociedad: la historia, el origen, quienes constituyen la comunidad, sus principios morales y sus ideales a defender. En estos relatos sin embargo, estos espacios de significados se nos muestran fragmentados, trizados... no hay cimientos fuertes desde donde levantar un “yo” y un “nosotros”, porque como señala Rosa, ellos son forastero... de esta sociedad.

Rosa, Curicó: "En la Gobernación nos dijeron que... no nos iban a tomar en cuenta, nos iban a tomar como un forastero, una visita que viene aquí a Curicó, no más. No éramos, como le dijera, no nos tenían en cuenta como que vivíamos acá, como que estábamos radicados aquí, entonces nos dijeron: "Si a ustedes les llega a pasar algo a la orilla del río nunca van a tener una ayuda porque no están radicados todavía aquí", y por eso lo hicimos (postular a una vivienda). No nos consideraban porque nos miraban como un turista más que venía a turistar, y qué... si ya estábamos instalados, viviendo años allí..."

Esta invisibilidad dice relación con la propia historia, pero también con los símbolos de la nacionalidad y de todo aquello que definiría el ser un habitante de este país. Son relatos que tienen dificultades para levantarse como tales, porque no existe certeza alguna... y si no hay claridad sobre la propia biografía, difícilmente puede haberla en relación a un “nosotros”. Lo que se descubre más bien son relatos de muchos quiebres y desconfianza respecto a lo que se puede esperar de la sociedad, del Estado y finalmente de sí mismos...

Son relatos donde el cuestionamiento de sí tampoco aparece, sino la adscripción sumisa a aquello que siempre se ha dado por “natural”, el machismo, la discriminación, el anonimato y el saberse pobre desde siempre y para siempre.

Una identidad de la marginalidad y la sobrevivencia va así tomando forma, día a día; y donde la asistencia del Estado o de un golpe de suerte se levanta como la única posibilidad de sobrellevar con menos dureza una existencia ya dada.

El proyecto identitario se hace difícil de asir, salvo cuando se piensa en los hijos, porque para sí mismo pareciera no haber salida. Sin embargo, éstos son proyectos frágiles, porque no existen modelos que ofrecerles a los hijos, salvo el propio, definido siempre desde los márgenes y el día a día. Aún así, todos aquellos que tienen hijos se aferran a la esperanza de verlos salir de la pobreza y de que logren “ser alguien”. Sin embargo, los hijos son una ayuda importante para la sobrevivencia familiar. La historia se tiende entonces a repetir: hijas tempranamente embarazadas, hijos que abandonan la escuela para poder trabajar, que se vuelven alcohólicos tempranamente o que, como los tres hijos de Jacqueline, pasan años en la cárcel o la correccional.

Sin proyectos identitarios claros, pero la certeza que sus vidas serán lo que siempre fueron, las tensiones identitarias son a menudo profundas. Es el caso de Lucía y su marido, ambos con varios intentos de suicidios y cuya mayor preocupación es que su hija siga los mismos pasos. Para todos sin embargo, la aspiración es una sola, “que los hijos sean más que uno”.

Margarita, Curicó: "A mí me gustaría para mis chiquillos que ojalá salieran adelante, tuvieran más que uno, fueran más que uno. Ojalá se casaran, tuvieran su casa y no anduvieran dando bote como nosotros, ese es el futuro que me gustaría para mis hijos. Apoyarlos, sacarlos adelante. Ojalá que ellos ahorren cuando sean grandes y no sean como uno que tiene que ahorrar al último para poder tener una casa."

Jaime, Curicó: "Les digo que estudien, al mismo niño de ella yo le digo que estudie, esfuérzate, si quieres ser alguien en la vida tienes que puro estudiar, si quieres ser un "gañán" (trabajador rural) tienes que puro verla no más pues, no sigues estudiando y te vas a trabajar y vas a ser igual que uno, un perro que siempre anda trabajando por una miseria, dando lástima de repente y con los estudios en cambio, puedes ser alguien en la vida y tienes que puro esforzarte tu estás joven."

Guillermo, Rosa y Mercedes – sin hijos- en cambio, caen en una profunda depresión que les impide tejer un proyecto de futuro.

Guillermo, Cerro Navia: Bueno, mi futuro ya lo estoy viendo un poco malo, porque ya no tengo vuelta, ya no tengo futuro...que otro futuro voy a ver...no sabría que futuro...

Rosa, Curicó: No tengo sueños para adelante, no sé que es lo que va a pasar después... morir trabajando.

Si por tensiones identitarias entendemos las contradicciones entre la idea que cada uno se hace de su vida y de los obstáculos que percibe sobre el camino, ellas parecieran centrarse en la preocupación por la sobrevivencia, y la aceptación resignada de toda la ayuda que la asistente social está dispuesta a otorgarle. Todos ellos se mueven entre el deseo de sobrevivir y la percepción de que los límites que se enfrentan son ampliamente superiores a dicha aspiración.

Las tensiones, el vacío y la angustia dicen justamente relación con el temor a no ser jamás reconocidos por la asistente social, por el párroco, por el presidente de la junta de vecinos, por el alcalde... en su carencia, en su marginalidad y agobio permanente; en su dificultad para visualizar un futuro, pues saben que

ellos no existen y que probablemente, nunca existirán para esta sociedad, “porque siempre ha sido así”.

4. El trabajo de la identidad

Frente a las tensiones y a la distancia entre lo deseado y lo posible, el trabajo sobre la propia identidad es siempre arduo e incierto. Y si bien comparten la percepción de saberse marginales, invisibles y sobrevivientes, todos buscan la mejor forma de salvar una ya frágil imagen de sí. Adaptar o romper a pesar de las difíciles circunstancias que los rodean, son respuestas que se dan a sí mismos una y otra vez.

Sobrevivir a la pobreza

Adaptar y justificar la propia situación pareciera ser el camino más recurrente para hacer menos dolorosa la realidad e intentar encontrar salidas dentro del estrecho margen de lo posible. “Tenía que aceptar donde me tocara, si cuando uno es pobre no tiene opciones, tiran para donde ellos (el Estado) quieren...”, dice Lucía para explicarse porqué vive donde vive y no en el campamento que aún recuerda con afecto. O Angélica que se dice a sí misma que las viviendas del pobre, por principio son de mala calidad: “Y yo no me di cuenta que por ser pobres, por ser viviendas sociales, nos estaban entregando esto.”

En el caso de Guillermo, quien no tiene hijos, adaptarse pareciera ser la única salida posible:

Guillermo, Cerro Navia: "Ahí tengo el problema (de no tener casa) pero, lo he asumido de a poco no me queda otra. Ya estoy acostumbrado ya...estoy casi igual que en un campamento, porque cuando llueve en la noche, en la mañana cuando me voy a la pega tengo que pasar por el barro igual...yo diría casi peor que en el campamento. Es un tormento que hay iestoy trabajando y estoy peor!... pero ya me hice el ánimo de no echarme a morir, ya tengo cuarenta y seis años, porque si me achaco más con eso me voy a poner más viejo, me van a salir más canas... Entonces, ya me adapté al sistema..."

O Margarita que se dice una y otra vez que no debe sentir vergüenza, porque cuando se necesita sobrevivir, no hay vergüenza que valga; lección de vida que se preocupará de enseñar también a sus hijos.

Margarita, Curicó "Si yo tengo que ir a pedir por mis hijos, yo salgo a pedir por mis hijos. Nunca lo he hecho, pero si lo tengo que hacer.... Da harta vergüenza andar pidiendo a la muni o ir a pedir a otra parte, a mí me da vergüenza. Primer año que lo hago y me da vergüenza, porque a veces estás toda la mañana allá, y a veces van mamás con guaguas (bebé). Da vergüenza porque también te pueden decir no, te cierran las puertas, y uno no anda leseando... yo le digo a mi hijo, el Toño, si viene el de la junta de vecinos háblale no más del caso, a ver si te puede ayudar, no tengas vergüenza."

Valorarse en la pobreza

Cambiar y trabajar otra idea de sí mismo, convencerse que otra vida es posible, constituye un camino que algunos ensayan, en especial aquello que tienen hijos. Reforzarse en su deseo de cambiar, por los hijos y la vergüenza que ellos puedan sentir, es una preocupación presente en estos relatos. “Yo no estoy mal... es por mis hijos”. Como hacer para aliviar la pobreza y la vergüenza a los hijos son aspectos que los interpelan en sus propias opciones y proyectos identitarios:

Jaime, Curicó "Aquí estamos bien, yo me encuentro que estamos bien porque yo no aspiro mucho, pero si como dicen allá (en la correccional de menores), por mi hija y por los chicos no más, me gustaría comprar una casa. Es para tenerles a ellos, porque ellos son los que están creciendo y de repente con el tiempo crecen con vergüenza, como que se sienten menospreciados... por los demás compañeros de ellos, por donde vivimos, así que pueden sentirse mal ellos, así que por eso. Yo por mí viviera siempre aquí porque me gusta, y así no tengo contacto con la gente, me gusta más vivir a mi así, aislado lejos de toda la gente porque no me gusta salir para ningún lado."

Angélica en cambio, sabe que ella está al final de la escala social, ser empleada doméstica es mal valorado, sin embargo, como bien dice “si no fuera por las nanas...”:

Angélica, Maipú, empleada doméstica (nana): "Las nanas son muy mal valoradas, por que si las nana no existieran, como podrían esos niños, cuidarse, alimentarse, que estuvieran limpios, ordenados que se yo, si las nanas no plancharan, no cocinaran, sino hicieran el aseo como estarían esas casa, si no fuera por las nanas. Yo tuve una patrona que yo creo que gran parte del divorcio que tuvo fue eso de no haber aprendido de ser una buena dueña de casa, por que pienso yo que una mujer, debe saber todo, cocinar, planchar, todo saber llevar y dirigir su casa, es lo mas importante que uno tiene en la vida como mujer, saber valorar lo que dios a uno le va dando, no sabemos nada con tener una profesión si no sabemos ni siquiera hacernos un plato de comida."

El quiebre con la propia identidad e historia de pobreza, el cuestionamiento a las propias opciones, y la búsqueda de cambios radicales surge en aquellos momentos límites en que la adaptación o el conformismo no caben, porque la violencia psíquica, física y/o el peligro de perder a los hijos son extremos. La mirada de los otros se vuelve imposible de soportar, la voluntad de buscar una salida estalla. Es entonces cuando se gatilla un trabajo sobre sí mismo a pesar que en el fondo ellos saben que las posibilidades de salir de esa situación requiere también de un cambio del contexto que los rodea. Aún así, las preguntas y la mirada de futuro comienzan a tomar forma. Es el caso de Luis, quien descubre que sus hijos, internados por el maltrato que sufrían en su hogar, están en vías de ser adoptados sin su consentimiento. Junto con rebelarse y enfrentar a las asistentes sociales y al juez, Luis comienza a preguntarse como volver a recuperarlos, pero sobre todo aprender a ser un padre más cercano para volver a vivir con ellos.

Repetirse una y otra vez, a veces sin mucha convicción, que a pesar de las circunstancias, es posible salir adelante, que finalmente es un asunto de voluntad. Esta es una de las formas también de decirse que a pesar de los errores, se puede cambiar y salir adelante para que los hijos no sufran, porque

finalmente, dice Lucía, la voluntad depende de cada uno, y nadie puede quitársela:

Lucía, Maipú. "Como yo debía tanto dinero, me tomé tres pastillas para matarme, porque yo era tan estúpida que no sabía que hacer, me ponía nerviosa porque estaba sin plata...sin nada. Entonces hice esa tremenda tontera que afectó a mis chiquillos... a todos. Pero yo me digo que si algún día me quedara sola yo sería igual que mi mamá, porque yo soy bien así...como te dijera...me propongo algo y tengo que hacer lo que sea para que me resulten las cosas. Tengo esa cosa así y nadie me lo va a quitar porque eso es tan mío, que me gusta ser así. No me gusta ser derrotista, ni que me pasen a llevar, que me tengan lástima, no me gusta eso...Claro que yo puedo planificar muchas cosas, pero que me resulten es otra cosa."

Ya sea por el mecanismo de la adaptación/ justificación – no hay que sentir vergüenza porque es así – o la ruptura con la propia identidad, todos buscarán hacerse sujetos. Unos en el margen de lo posible, justificando, adaptando y buscando un nicho donde el reconocimiento a sí mismo – aunque sea en su carencia – sea factible. Otros, los menos, a través de la ruptura y el quiebre con una identidad que los ha llevado a una situación insostenible en su violencia hacia lo más querido, sus hijos.

En aquellas historias donde la adaptación a una identidad asignada – soy pobre no tengo que sentir vergüenza – pareciera ser la única forma de trabajo sobre sí mismo y sobre los otros, la figura del individuo en tanto actor social se vuelve más difusa. Sin embargo, nadie se adapta sin una reflexión previa sobre la propia opción. En este acto de justificarse y reflexionar, se devuelve todo el sentido y la dignidad a la propia trayectoria. Ello no impide sin embargo, que a menudo, el repliegue sobre sí mismo, el silencio, el ensimismamiento frente al vacío que genera el adaptarse a una identidad no deseada, gane lugar. Y aunque todos se resisten a ser objeto a la mirada de los otros, la validación social para la propia opción es tan frágil y precaria, que volverse actor de su propia historia, es un trabajo difícil de lograr.

Como veremos a continuación, ambos tipos de trabajo identitario – la adaptación y la ruptura- se expresaran en pequeñas y esforzadas acciones, aunque simbólicamente significativas, para salvar lo que de sí mismos aún persiste y resiste. Cuando los soportes que se poseen – trabajo, redes, educación, vivienda, salud...- son escasos, la adaptación pareciera siempre más fácil de concretar que el cambio y el quiebre con la propia historia.

5. Las lógicas de acción

Con escaso margen de maniobra sobre sí mismos y su entorno, estos individuos aprenderán desde pequeños a valerse de la caridad y la ayuda estatal para sobrevivir. Sea cual sea la ayuda propuesta ellos la aceptarán siempre.

Frente a la escasez de recursos del Estado y las trabas para obtener la ayuda, se comprende también por qué ellos preferirán emprender la búsqueda de manera individual e insistir en su situación de carencia. Como señala Lucía, al menos así estarán seguros de que obtendrán algo. A pesar de la mayor

confianza en la relación cara a cara, la construcción de este vínculo no es fácil. Por el contrario, los argumentos o criterios de la asistente social para no otorgar la ayuda, sea cuales sean, serán siempre percibidos como respuestas que dependen del buen o mal humor de la asistente, de la simpatía o rechazo que su persona genera o de la incapacidad de explicar adecuadamente los procesos a seguir.

Margarita, Curicó: "En la Gobernación se habla con la señorita Carolina. A veces la señora Carolina está con buen ánimo, porque a veces está con la maña, como todas las personas no andamos con el genio bueno, "sí tengo", y a veces "no tengo". Y las hace cortita y chao. A veces da inmediatamente y es buena esa ayuda porque ella nos da, teniendo...pero a veces anda con el genio malo y uno no sabe los problemas que tendrá ella."

Pragmáticos y fundamentalmente solitarios en su lógica de acción, ellos sabrán agradecer siempre a quien los escuche y ayude. Como dice Jacqueline, todo se los agradecía, por poquito, pero les agradecía...

Margarita, Curicó: "Hay algunas señoritas que tienen buen trato. La señorita del subsidio del agua me trato súper bien, me dio bien explicada las cosas. Sí, porque me explicó bien que eso duraba tres años y que después de los tres años tenía que renovarla de nuevo. A la muni es donde uno va a pedir cosas de almacén, pero es mucho "hueveo" ir a pedir ayuda allá la que es buena es la señorita Julia, es súper buena, ella atiende los puros días lunes. Usted le va a pedir algo y va al tiro, pero las otras ayudantes no, cuesta mucho que le den algo, y si se lo dan le dicen "Ya, no venga a molestar". Y uno va a molestarlos porque lo necesita, porque si no lo necesitara no andaría por allá pidiéndole algo. Así que a mí me gusta que esté la señora Julia."

Sobrevivir y hacerse visible, y en lo posible "querible", aunque sea a través de la victimización, por la asistente social, por el párroco, por quien sea... La búsqueda de afecto y de reconocimiento a su situación de precariedad está presente en cada interacción social. No todos sin embargo, lo logran de igual forma. No todos son hábiles en conseguir esa mirada de reconocimiento y afecto. Salvo si se vive una situación de violencia extrema como la de Lucía o de pobreza y abandono como Jacqueline, o se tienen las fuerzas y la habilidad de Margarita que no se cansa de recorrer las oficinas públicas en búsqueda de la ayuda que requiere para continuar sobreviviendo. El resto, se conformará con lo que les llegue, porque las dificultades para "comprender" la lógica y los criterios de asignación de subsidios son grandes. Como Guillermo que además de no entender el proceso de asignación de viviendas tampoco busca acercarse a un municipio que siente hostil hacia su persona. O Angélica que prefiere la ayuda y el consejo de la iglesia para evitar la depresión que le genera el sentirse abandonada por el Estado. O Pamela, Rosa que simplemente aceptan lo que se les dé. Adaptarse a la identidad de pobre y marginal es el camino.

Ciertamente podemos decir que en estas historias el Estado es a menudo el recurso central y a menudo el único con el que se puede contar. Ya sea bajo la forma de mercadería, subsidios, programas participativos, consejos, contención o control, la intervención estatal siempre se busca. Y cuando la ayuda pública no llega siempre habrán otros caminos, la iglesia cumple un rol central en esta demanda por caridad y afecto:

Lucía, Maipú: "A mi me ayudan en la iglesia católica, me dan mercadería todos los meses, todos los dieciocho, los quince, también me dan la cena de navidad, me mandan dos pollos, regalos para todos los chiquillos, en la sagrada familia, queda aquí no mas. Como tenga problemas, la orientadora me anota para tres meses mas, ahora voy a tener que ir mañana para inscribirme para tres meses mas, por que no estoy bien, no tengo mercadería..."

Angélica, Maipú: "Hace poco fui a una iglesia católica que esta cerca de los supermercados, porque me dijeron que ahí estaban inscribiendo para trabajos y fui con mi hijo. Para hombres no había trabajos y yo me inscribí para lavado, planchado, lo que fuera. Me anotaron y ya dos veces me han venido a dejar mercadería, canasta familiar. Pero trabajo no... igual me ayuda cualquier cantidad en el sentido que si yo no hubiese estado en la iglesia estaría con una depresión terrible. Estaría muy mal."

Los únicos momentos en que ellos se enfrentan y discuten su derecho a la ayuda es cuando esta se les niega por razones que consideran arbitrarias, como es el caso de Jacqueline cuando se enfrenta al Estado por haber sido excluida del grupo para la obtención de vivienda, o Guillermo y Rosa que por no tener hijos, dejarán de ser prioridad para recibir asistencia social. Pero son momentos escasos, todos han aprendido a vivir de la ayuda, de manera silenciosa y resignada. Incluso cuando se percibe claramente la arbitrariedad y la humillación de la cual son objeto.

Guillermo se pregunta como lograr un ambiente "digno" en su pequeña vivienda de madera, como hacerse de una mesa y unas sillas para evitar la vergüenza de no tener como recibir a sus visitas. O como Angélica y Pamela que se refugian en la caridad de la Iglesia y sus instituciones para no caer en el vacío y la desesperación de saberse sin salida alguna. O Jacqueline que sumisa acepta la prohibición de su marido para buscar un trabajo estable y agradece toda ayuda que quiera darle el Estado.

Guillermo, Cerro Navia: "Tengo que buscar como ampliarme más y hacer las otras dos piezas que me quedan como dormitorio, para estar mas independiente de todo...para no estar con la mesa y comiendo ahí mismo, que la cama está al lado. Entonces eso es lo que nos tenía incómodos. Habían compañeros, amigos que me querían venir a ver a la casa y "no". Porque usted conoce... estar almorzando, y que esté la cama al lado, entonces no. Y las sillas que tengo no resisten más, las tengo que mandar a arreglar, entonces que la gente se siente en la cama para mi es incómodo, me siento mal yo. Aunque me dicen "no vamos por lo que tú tienes, vamos por tu persona", pero igual. Ahí, cuando yo iba para la casa de ellos, ¿me entiende?, es diferente el sistema. Claro que la situación económica de ellos es mejor que la mía, pero igual. El hecho ya de ir a la casa de ellos, después que ellos vengan aquí... Me siento mal, me siento incómodo... Entonces, ya me adapté al sistema, ahora usted me dice, una libreta por cuenta mía, saqué una libreta pero de ahorro, de ahorro personal y que estoy poniendo todos los fines cinco mil pesitos, la saqué hace poco, pero algún día, este fin de semana sacarme el Kino y ahí..."

El conflicto con el Estado surge escasamente, salvo en el caso de quienes deciden quebrar radicalmente con la mirada invalidante como Luis que se enfrenta a la asistente social y al juez para defender su derecho a la paternidad.

Luis, Curicó: "Ahí donde el niño la otra vez me quejé porque ya tuve un problema con la visitadora que no me dejaba verlo y quería que lo adoptaran al niño. Y, no pues, yo soy el padre, cómo lo van a adoptar. Yo les dije acá en el juzgado, porque los niños están por acá en el juzgado y les dije esto y esto, así que la señorita se fue de reto. Por algo uno se queja, si no lo

voy a ver, a la otra no lo pillo. Además al niño yo lo tenía internado por tres cuatro años no más, y ahora me dicen que no lo saque porque pierde lo mejor que lleva el niño, que lo deje hasta que el niño sea otro y aprenda lo que tiene que aprender. Voy a ver hasta qué curso puede llegar estudiando allá y si puedo después lo saco y me lo traigo para la casa, veo un modo a ver como puede trabajar por ahí...”

Solo cuando la identidad se ve violentada al extremo de lo permitible, de la vida en el caso de Lucía, y de la pérdida de los hijos en el caso de Luis, la rebeldía surge dejando entrever que la imagen deseada de sí mismo, aún está viva. Sumida en la pobreza, violada y fuertemente maltratada por su pareja, Lucía intentará suicidarse y luego abandonará a su marido junto a sus dos hijos. Es entonces cuando empieza a preguntarse como sería su vida si ella estuviese sola; buscará sus certificados de enseñanza media y comenzará a buscar una salida laboral y planificar su futuro.

En los otros casos la crítica y el distanciamiento con el Estado nunca se hacen presentes; o solo bajo la forma de una crítica silenciosa entre las cuatro paredes del hogar. Como Lucía, que rechaza los criterios de asignación de subsidios, pero que jamás se atreverá a expresarlo frente a un agente del Estado.

La búsqueda de un vínculo de confianza, entendida como la posibilidad de construir ciertas certezas básicas que posibiliten al menos consolidar la relación de ayuda, o como en el caso de Lucía, reconstruirse como persona, es una dimensión esencial en estos relatos, que nos da cuenta del deseo profundo de vivir en sociedad. Superar la situación de marginalidad permanente, exige tener la prueba de que la sociedad también está interesada en construir ciertos puentes y vínculos desde donde comenzar a dialogar, a sentirse querido, respetado... Pareciera ser que la temprana historia de abandono y maltrato hubiese dejado en ellos huellas difíciles de borrar.

El problema central entonces se vuelve para ellos poder producir estas condiciones de aceptabilidad, de manera de recuperar la confianza en el mundo, y recuperar la confianza en sí. Es por eso la importancia que adquiere la palabra, el gesto y la mirada detenida de quien entrega la ayuda. O el valor transformador que puede tener el paso de la crítica apagada y privada a la confrontación y la expresión pública. Así comprendida, la confrontación – como la de Luis frente al juez- aun cuando lleve al alejamiento de la red estatal, se transforma también en un modo de acreditación y reconocimiento público al status de ciudadanía alcanzado.

En síntesis, estas son historias de marginalidad dura, de la que se reproduce generación tras generación; relatos de pobladores habituados y resignados a vivir de la caridad y la asistencia social. Con lazos familiares, laborales, sociales muy precarios, para estos pobladores el Estado (y/o la iglesia) constituye el principal y si no único soporte de protección y resguardo.

Desde esta experiencia se construye una relación con el Estado sustentada en los principios de la beneficencia y la caridad hacia el más pobre; pero donde la idea de igualdad y derechos ciudadanos, desde donde debiera fundarse todo contrato social, tienden a estar escasamente presentes.

Sin imaginar salidas posibles a su situación de marginalidad, estos pobladores esperan del Estado, encarnado en la figura de la asistente social, una presencia y ayuda constante en cada uno de los detalles de sus vidas. Habituados a ser sujetos de beneficencia y caridad, sus identidades se construyen con dificultad, y siempre desde una adscripción sumisa a su condición de marginal y asistido. Aun así, el trabajo sobre la propia identidad se debate entre la adaptación silenciosa a las gestiones – a menudo humillantes – que les demanda la sobrevivencia; y la valoración de las propias capacidades para, a pesar de las dificultades, resistir y salir adelante.

Con grandes dificultades para “comprender” la lógica pública, y sin una gran diversidad de códigos ni oportunidades para descubrir cursos alternativos de acción, estos pobladores mantendrán frente al Estado una actitud silenciosa y pragmática. Desconfiados de sus iguales, su accionar será fundamentalmente solitario. El control que cada uno pueda ejercer sobre sus propias vidas queda finalmente sujeto a sí mismo y a la capacidad del Estado de ayudarlos. Al igual que todos los pobladores de estas villas, el deseo de un futuro mejor para sus hijos está sin embargo, siempre presente. Es por ellos que se pide, que se implora, que se golpean puertas, que se espera y se agradece cualquiera sea la ayuda que el Estado o la Iglesia estén dispuestos a entregarles para su sobrevivencia.

Capítulo 5

Resistencia comunitaria

Marcelina

Mis papás siempre han sido sureños, ellos vivían en la novena región, camino a Chol Chol a nueve kilómetros de Nueva Imperial. Ellos son campesinos, más bien dicho son mapuche. Mi niñez la pasé en el campo, nací, me críe y estudié en el campo hasta quinto año. Cuando la micro se venía, los estudiantes a veces nos veníamos a pie y los zapatos no nos duraban, eran puros caminos de tierra.

Yo le dije un día a mi papá: “yo voy a estudiar de noche y voy a trabajar de día”. Así que una profesora de ciencias sociales me pasó la casa y yo hacía el aseo en la mañana y en la tarde estudiaba. Ella me daba un sueldo, vivía en esa casa y estudiaba. Llegué a segundo medio bien terminado, pero después no estudié más porque tuve que irme para el campo a cuidar a mi mamá, porque todos mis hermanos mayores – somos nueve – venían a trabajar a Santiago o a Temuco. Después quería seguir estudiando, me fui a Temuco a trabajar puertas adentro y en la noche seguí estudiando y tampoco me resultó porque siempre yo era la que tenía que ir a cuidar a mi mamá o a mi papá. Así que empecé mi peregrinar, pero mi talento de estudiar era siempre, tenía la ocasión de estudiar parvularia, me gustaban los niños, por eso había estudiado en el liceo para después entrar a la técnica; y mi futuro era ese, estudiar; pero no fue posible, así que la pasaba trabajando de Temuco a mi casa. Ese peregrinar hasta el año ochenta.

Mis padres ya no tienen terrenos como en años pasados. Los que tienen plata van a comprar y se adueñan de los terrenos de los indígenas, a mi papá le pasó así, mi papá tenía miles de terrenos y llegó un gringo y compró tantas hectáreas, pero cerró todo lo que quiso, ¿me entiende?, ¿y a donde nosotros vamos a construirnos una casa ahora, por ejemplo, si somos ocho hermanos y cada hermano toma dos hectáreas? Y ¿cómo vamos a vivir si allá se espera un año la cosecha?

Santiago

El año ochenta llegué acá a Santiago a trabajar puertas adentro como empleada particular y ahí después nunca más decidí estudiar y hasta ahí quedó mi carrera. Me puse a trabajar para mandarle plata a mi papá, siempre ayudándolos a ellos. Me vine a Santiago a trabajar porque mi hermana tenía conocidas acá. El año ochenta y dos me puse a pololear, me junté con mi esposo, tuvimos el primer hijo y vivimos en Cerro Navia, arrendamos dos piezas; ahí vivimos unos tres años. Después nos cambiamos a la Población Yugoslavia, ahí nació la Mónica y el Fernando. Luego, compramos una caseta y arrendamos un sitio, ahí es donde empieza el campamento El Arenal.

El campamento El Arenal

Yo llegué al campamento El Arenal en el año ochenta y cuatro, no habían muchas casas. Hacen catorce años, la edad de mi hija. Nosotros llegamos a arrendarles al dueño de este lugar, no tenía ni luz ni agua, ese era el campamento que nosotros vivíamos. Después llegaron más de veinte familias. Entonces llegamos a establecernos y de ahí ya nadie nos iba a mover; empezamos a hacer la casa bien hecha, todo era de nosotros.

Desde el año ochenta y seis yo empecé a postular al Serviu, a poner plata, pero después como no salíamos llamados - en dos, tres llamados no salía – saqué la plata. Y así siguió llegando la gente y empezó a armarse como una población.

En el año noventa nos pusimos de acuerdo para formar el comité y ahí empezamos a ahorrar, empezamos a reunirnos una vez a la semana. Hicimos un grupo y nos organizamos vendiendo comida dos veces al mes, los grupos eran de seis o cuatro personas. La comida que hacíamos la vendíamos dentro del campamento y fuera del campamento, en los negocios, en la escuela.

Con la plata que se ganaba, cada grupo empezó a ir al banco; y con esa plata empezamos a movilizarnos, gastábamos en locomoción para ir a reuniones, a Serviu, a la visitadora de la municipalidad y lo que quedaba se repartía; aunque sea de cinco mil pesos se iba al banco.

La idea de organizarse en un comité y empezar a juntar plata nace porque ya estábamos hartos, porque nos faltaba el agua, la luz, no teníamos lo propio. Teníamos muchas dificultades porque para poder tener luz nos teníamos que colgar (sacar luz con cables propios). Nos decidimos un día que vinieron los de Chilectra y cuando estuvieron arriba de los postes les dijimos: *“Miren, nosotros vamos a bajar la escalera cuando ustedes estén arriba, pero en este día queremos solución.”* Así es que el furgón tuvo que mandarse con el chofer y avisar que teníamos a un trabajador arriba del poste. Le hablamos al jefe, le dijimos que nosotros no éramos un delincuente para que nos corten la luz a cada rato y queríamos una solución. Ahí esperamos porque teníamos uno de los trabajadores arriba del poste. Le quitamos la escalera, lo dejamos arriba y llamamos a la radio, a la televisión y vinieron. Llamamos a todas partes de la difusión, así es que ahí fue la solución; así conseguimos la luz. Entonces la municipalidad vio que nosotros estábamos haciendo algo y al otro día vinimos con pancartas a la municipalidad de Cerro Navia. El alcalde que había en ese tiempo se escondió y la secretaria nos atendió. Entonces la secretaria movilizó a obras públicas para que nos fueran a instalar luz propia; de la noche a la mañana tuvimos luz. Así que en ese sentido, luchamos por ese destino.

Allá en el campamento cuando nos organizábamos los niños estaban siempre con nosotros, los hombres eran los que no participaban porque se los llevaban presos. Nosotras éramos astutas y a los hombres los echábamos todos para adentro. Mi esposo nunca participó, era yo y mi hija. A él no le gustaba y además trabajaba, pero como él igual quería casa, me dejaba toda la libertad a mí y él ponía la plata. Yo soy más activa, tengo más paciencia para poder escuchar, aunque sea por años. Yo le decía a él, *“este año va a ser, como sea voy a salir.”*

Me acuerdo de una anécdota del agua. Yo no podía vivir sin agua, así que logré tener mi medidor; pero los demás no. Entonces empezamos a hacer reuniones, nos juntamos y sacamos de mi medidor cañerías bien hechas con materiales comprados por todos, los pobres vecinos trabajaron toda la noche. Nunca se dieron cuenta en EMOS porque yo siempre pagaba por mí, así tuvimos al final todos los vecinos el agua.

Las ayudas

En ese tiempo de la ayuda que me acuerdo es de un concejal (de derecha y empresario de la comuna). Ese dio un poco de ayuda cuando nosotros necesitábamos, por ejemplo cien vienesas, ayudó en pan y vienesas.

Una sola vez fue el Hogar de Cristo, fue para un temporal, esa vez tocamos ropa nosotros, más de bebé, no tocamos ropa grande como para mí, así es que la devolvimos.

La municipalidad se portaba bien, cuando les pedíamos ayuda ellos estaban. Incluso un año les pedimos pizarreños y ellos cumplieron y vinieron. Un año que estaba lluvioso también le pedimos ripio en mediería⁵ y nosotros pusimos la otra mitad. Lo único que no cumplieron es en los baños que siempre los necesitamos para que vengan a buscar los líquidos, en ese sentido no respondieron, pero en otras cosas sí.

La promesa

Después llegó la Gálvez al campamento, la elegimos (de alcaldesa) nosotros. Empezó a ir el doctor Gálvez también (hermano de la alcaldesa, candidato a diputado), nos fueron a ofrecer todo gratuito, atención médica para los niños. Una vez fueron Gálvez y Gálvez a una reunión; de candidatura ella empezó a ofrecer que nos iba a ayudar: *"si me ayudan, ustedes van a tener cuatro unidades de fomento para la vivienda de cada familia."* Y nosotros para no quedar en menos, porque todo esto era organizado, teníamos grabadora, por si acaso se echaba para atrás. Y se echo para atrás, con cuatro unidades de fomento (para la vivienda).

Entonces un día a la señorita visitadora - Gálvez ya era alcaldesa - le reclamamos: *"Tenemos la grabadora, usted dispuso esa plata y queremos que la plata sea depositada"*. Nosotros hablamos con ella directamente. Ella se había echado para atrás, pero nosotros le dijimos: *"Tenemos todo grabado, inmediatamente se hace el depósito"*. Y empezamos a sacarle la plata; más de cuatro unidades de fomento cada uno, eran veintidos familias. Esa plata pasaba directo de la municipalidad a la libreta de ahorro para la casa.

Entonces empezamos a coordinarnos y optamos por que la municipalidad tuviera la libreta, porque si nosotros la teníamos íbamos a sacar la plata, a

⁵ Mediería: término campesino para referirse al trato entre el dueño de la tierra, que pone los insumos y la tierra, y el campesino que pone su trabajo. La cosecha se reparte a medias o según sea el trato. Marcelina homologa este trato a la relación entre el Estado y los pobladores.

gastarla. Así que nosotros íbamos a depositar y pasaba después a la municipalidad.

Y entonces el comité del campamento siguió marchando, pero varias veces se fueron los presidentes. Yo creo que la gente trataba bien a los dirigentes, porque cuando nos portábamos mal o no hacíamos las cosas nos decían. Ellos nos creían y si no nos creían también lo iban a averiguar a la municipalidad. La municipalidad en muchos sentidos nos ayudó, se movieron hartos, bueno que nosotros estábamos encima de ellos porque tenían que hacer cosas. Es que éramos unidos, cuando proponíamos una cosa estábamos todos ahí.

Y al final llegó el presidente don José Arévalo, entonces yo decidí de trabajar con el vecino José, en las buenas y en las malas estábamos. El problema es que la gente muchas veces no comprende, así es que el vecino pasó muchos malos ratos. Incluso con sus mismas cosas porque dejaba todo su trabajo botado y pasaba en la municipalidad haciendo trámites y los vecinos no comprendían eso. Si se disolvían los comités nosotros seguíamos marchando, seguíamos averiguando como podíamos postular nuevamente; varios años nos rechazaron la postulación porque no nos alcanzaba el puntaje.

En mayo vencía la postulación, pero nosotros ya habíamos mandado todos los papeles a la municipalidad que nos dijo: *"Nosotros los reactivamos por computación"*, pero quedamos *cachudos (desconfiado)*, como dice un buen chileno. Y con el presidente fuimos a la municipalidad a preguntar qué pasaba, porque nosotros teníamos que saber. Y la señorita Leonor, que era la visitadora de la municipalidad nos dice: *"Está todo ok"*. Y nosotros por ahí hablamos con una señora que se llamaba Angélica y le preguntamos: *"¿Qué pasa que a nosotros ya dos veces nos han rechazado, cómo podemos llegar por medio de ustedes a SERVIU?"* Y ella de buena voluntad dijo: *"Vengan todos los dirigentes, presidentes, secretarios, tesoreros y toda la directiva que está por delante de ustedes, tal día los voy a atender y vamos a ir a SERVIU."*

Y fuimos al SERVIU, me acuerdo, al sexto piso, fuimos donde se activaba el llamado. No estábamos en la computadora para poder salir llamados ese año. La municipalidad no había hecho el trámite, no había hecho nada. Entonces nosotros agarramos la carpeta indignados y fuimos al jefe del SERVIU. Ya estábamos tan cansados; nos habían dicho tanta mentira en el SERVIU. Más encima, después nos fueron a ofrecer un convenio para poder salir rápidamente del campamento. Era un fraude. Todos nos entusiasmos. Después como nosotros éramos inquietos empezamos a averiguar y en una de esas nos dimos cuenta que era puro fraude. Sabían todo, sabían cuanto ahorro teníamos... Ellos sacaban la cartola, nosotros no podíamos sacarla me acuerdo, y la tenían al instante. Entonces nosotros empezamos a ponernos *cachudas (desconfiadas)*. Nadie cayó gracias a dios, a final los que podían caer en el fraude, porque les alcanzaba la plata, no quisieron porque no se sabía lo que iba a pasar con los otros vecinos.

Los programas sociales

A nosotros lo que más nos ayudó fue Chile Barrio, nos ayudaba en orientación: donde teníamos que reclamar, donde tenemos que ir, que día teníamos que ir. Una Ong también se involucró, iba a ver como estábamos en invierno, llegaban con su ayuda, tenían reuniones con nosotros. No ayuda grande, pero su presencia era estable para uno porque a quien íbamos a decir: "*Señorita, sabe que necesitamos ripio por ejemplo, caso usted puede contactarse con la alcaldesa*"; y en un dos por tres nosotros teníamos ripio. Imagínese, hasta eso llegábamos nosotros. Nos iban a hacer clases también, ahí algunas personas aprendieron a leer, incluso mi hijo hizo un curso por Inacap. Nosotros también hicimos orientación porque ya estábamos con demasiado estrés, hicimos uno de autoestima. Lo pasábamos re bien. Había gente que nosotros conocíamos, pero que no sabíamos lo que pasaba en su hogar. Acá en la villa no se hace nada de eso, se nos perdió toda la autoestima cuando llegamos a acá, es que como somos hartos, acá estamos más dispersos.

También llegamos a FOSIS por la Intendencia, empezamos a formar dos grupos, un grupo de mujeres y otro de hombres; entonces empezamos a ver qué actividades podíamos hacer con esos recursos. Pensábamos una serie de cosas que podíamos hacer, vender huevos o postular a un horno industrial para hacer pan amasado, pasteles... Habíamos postulado por Fosis y ganamos 10 millones de pesos. Así que ahí empezamos a organizarnos en eso y ahí nosotros cuando nos fueron a entregar la plata hicimos un evento. Ahí fue la Intendencia, la alcaldesa, varios diputados, fue el chico Zaldivar (senador). Y nosotras nada de tontas porque queríamos salir luego del campamento, acaso nos querían apaciguar con 10 millones de pesos... Como éramos revoltosas empezamos con las pancartas: "*Nosotros queremos una solución pronto señor presidente, señor intendente, señora alcaldesa...que a nosotros no nos toman en cuenta*". Esa vez no andaba la televisión, diarios no más nos entrevistaron. Y el Intendente me dice: "*¿Y ustedes que pretenden hacer con esas pancartas?*" Bueno, usted está viendo le dije yo, llevamos quince años postulando al Serviu y nunca obtenemos la casa.

La erradicación

A nosotros nos preguntaron dónde queríamos vivir, pero nunca nos ofrecieron Cerro Navia y nosotros peleamos porque queríamos quedarnos, pero no quisieron. Nos decían que era mucha gente, que no había capacidad para tanto. Incluso fuimos donde la señora alcaldesa a reclamar, al SERVIU, pero no hubo posibilidad y la verdad no se por qué a nosotros no nos quisieron dejar allá siendo que después integraron a más gente. Yo quería quedar con casa porque tiene patio y uno puede hacerle un segundo piso. Empezamos a decidirnos donde había mayoría, así que quedamos en Maipú. Incluso peleamos por quedarnos en el lugar donde estábamos. Ahí no se metió la municipalidad, el que nos estaba ayudando era el diputado Plaza, pero después vio unas cosas raras y nos dijo: "*Mejor no peleen chiquillos porque ya está todo dado vuelta*". Lo que pasa es que ya habían vendido ese terreno a una empresa de microbuses.

Una vez yo fui a una entrevista y pregunté todas esas cosas, pero nadie me explicó nada. Esa entrevista era con todos los campamentos y toda la gente, esa vez había toda clase de personalidades, estaba el representante de la alcaldesa porque parece que ella estaba de vacaciones. Esa vez yo les dije todo, cómo estaba la situación, como estaban las casas, como nos habían engañado con el dividendo. Cuando a nosotros nos hicieron presentar las liquidaciones de sueldo para poder postular, nosotros presentamos por 120 mil pesos, y nos dijeron: *“No, es que no te va a valer, vaya a hacerlo por 190 mil pesos base”*. Eso fue lo que nos dijeron los que hacían los papeles. Bueno, por eso ahora estamos perjudicados, yo creo que en relación a eso sacaron el monto tan alto del dividendo.

La casa

Y seguimos esperando, seguimos esperando y en una de esas dijeron, *“salieron llamados”*. Y nosotras vueltas locas comprando el diario y gracias a dios salimos llamados. Fue la felicidad más grande, pero después pasaron los meses y nada; no pasaba nada y ya se acercaba el año 2000. Me acuerdo que yo decía *“no lo quiero pasar acá en el campamento”*. Y entonces vinimos un día acá a ver las casas; toda la gente que le tocaba acá vinieron esa vez a reclamar. Llegaron los carabineros, llegaron de SERVIU. Y empezó el jefe de obras a entregarnos los departamentos ahí mismo en una oficina.

Nosotros teníamos todo organizado, algunos no tenían para pagar el flete y empezamos a hacer reuniones, vamos a hablar con la visitadora a ver si acaso nos pueden pasar un camión. Fuimos a hablar con la alcaldesa y nos dijo: *“Ningún problema yo le paso todos los camiones que quieran a ustedes”*. Entonces la alcaldesa ese mismo día se fue a despedir de nosotros. Así es que se portó bien en ese sentido, todos llegamos bien por acá, gratuitamente trajimos las cosas.

Llegamos al 2000 acá. La ong también se portó bien esa vez, si nos trajo champagne en vísperas del Año Nuevo y lo más bonito es que fue acá que celebramos todos juntos los del block, hicimos una mesa de té club allá afuera. Es emocionante, llorábamos de alegría todos, feliz. Y los hijos también, los hijos lo único que querían era salir.

El taller

La plata que ganamos en el FOSIS la invertimos para hacer un taller de costura: *“Mujeres El Trébol. Taller de Costura”*. Obtuvimos diez máquinas y empezamos a organizarnos. Cuando llegamos a la villa recién ocupamos la plata, funcionó por meses, hicimos cursos de confección, ahí también estuvo metido Chile Barrio, FOSIS, se unieron todos y nos consiguieron todo para hacer cursos gratuitamente. Nosotros gastábamos solamente en la locomoción, participábamos dieciocho personas. Empezamos a funcionar así, pero resulta que después cuando llegó la cuenta de la luz nadie quiso cooperarme y ahí mi esposo me dijo: *“No, termina el taller y listo”*. Después dejamos una señora para vender, pero no se hizo responsable de vender las cosas y ahí quedamos.

Habíamos salido nosotras con la señora Sonia a vender los sábados y domingos cuando la feria se colocaba aquí cerca, ahí vendimos varias cosas y de ahí nos dio flojera y nadie movió nada. Empezamos a recurrir a la Junta de Vecinos para que nos prestaran la sede; no podíamos ocuparla porque SERVIU no había autorizado todavía, la municipalidad tampoco la entregó. Viera como está la sede ahora, toda destrozada, habíamos colocado protecciones y las hicieron tira, los vidrios rotos, la taza del baño, todo roto. Habíamos hecho todo un inventario de las cosas, la equipamos, compramos cocina, compramos galón de gas, compramos de todo lo que se necesita en un centro comunitario, fondos, ollas, lo tenemos todo. Entonces está el problema de que SERVIU no autoriza a usarla y tampoco está la municipalidad que responda. Hemos ido varias veces a SERVIU a preguntar, por que todavía no hay entrega ni de estas casas. No estamos existiendo, somos fantasmas, en ese sentido estamos estancados. Las únicas cosas que nos han robado es la cocina embalada, cuatro banquillos nuevecitos, y menos mal que alcancé a retirar a las dos de la mañana la mesa de ping - pong, sino también lo hubiesen sacado. En ese sentido estamos topando, pero queremos hacer reuniones, por último que nos den una caseta la municipalidad, la instalamos detrás de la Iglesia para hacer un taller, lo único que necesitamos es que tenga luz. Es ahí donde estamos topando, porque nosotros teníamos a la profesora que iba a venir y eso todo lo hemos perdido. El presidente de la junta de vecinos se está encargando de hablar con la municipalidad, pero nadie hace nada.

La solidaridad

Allá en el campamento pasaron hartas cosas, se quemaban las casas, se me murieron familiares. Tristezas, pero también alegrías, hartas niñas se casaron. Era super tranquilo ese lado, nadie se metía con nadie, éramos amigos; pero llegamos aquí y todos se desunieron nos hablamos igual, pero no como allá.

Yo creo que esto pasa porque estamos pagando individualmente el departamento, nadie se mete con nadie. Pero por ejemplo, si a una vecina le quitaran el departamento porque debe muchos meses yo creo que sacaríamos fuerzas de donde sea para que no lo perdiera, buscaríamos una solución. Al menos yo, si me piden una ayuda estoy dispuesta a ayudar. A lo mejor no tengo el mismo pensamiento de ellos, desde que llegamos acá cada uno anda por su lado.

Por ejemplo, el otro día estaba buscando trabajo una señora. Yo le dije, ya muévete y yo te paso por último la máquina que está aquí y vendes cualquier cosa, pero haga plata aunque sea para ir pagando de a poco, pero no te quedes ahí. Organicémonos de nuevo, como sabes. Por último le dije yo, ponemos,- mire el pensamiento mío-, una carpa y ponemos la alfombra allí afuera y hacemos un taller. Imagínese... lo importante es estar organizadas, batallando. Llamemos a la televisión, como no nos van a ayudar, vamos a dejar una carta y que nos vengan a ver como estamos trabajando. Nosotros tenemos la personalidad jurídica, "Las Mujeres del Trébol". Mi socia no se ha movido mucho, está floja. Más encima yo estoy trabajando. Por eso le dije a la señora Ana que

le doy todo el derecho a que se mueva, que vaya a hablar con la municipalidad, por último que nos faciliten un sitio.

La villa

En el campamento igual había robos, había de todo allá. A mí me entraron a robar tres veces. Estaba ahí mismo el ladrón, no se como robaba la gente, habían ladrones. Igual yo encuentro que acá en la villa es más seguro como yo tengo protecciones (rejas) y aquí hay más gente; allá en el campamento eran potreros por ahí se metían. De acá me gusta todo, porque es más limpio, la comunidad, todo; además tenemos todo cerca, se puede pagar la luz, el dividendo, todo cerca, tenemos banco y supermercado.

Lo único que no me gusta de acá es que las cosas son más caras, al menos allá en Cerro Navia eran más baratas las cosas; las cosas son todas caras aquí, como que allá vivíamos en la pobreza las ferias libres eran súper baratas. Lo que pasa es que piensan que porque uno vive en departamento uno tiene cualquier cantidad de plata, eso es lo que pasa, ese es el cambio.

Yo estuve siempre en Cerro Navia y el cambio para acá fue difícil, al menos a mí me costó acostumbrarme. Allá yo tendía la ropa con agua para que la tierra se mojara, hacía lo que quería, pero en este momento uno no puede hacer esas cosas. Todo cambió, todo cambió. La gente es diferente, todo es diferente. Pero al menos nos conformamos con que uno es dueño de una propiedad, eso lo tenemos bien claro. Allá no pagábamos arriendo y acá tenemos que ponernos como sea y pagar el dividendo, la luz, el agua, teléfono y la educación de los niños; así que en ese sentido cambió todo para nosotros.

El dividendo sale pesado, cuando estábamos en el campamento esa plata no se gastaba. Como mi esposo está sin trabajo yo he tenido que, después de años, empezar a buscar trabajo puertas afuera. Ahora estoy en un aseo industrial que hay acá en Maipú, en una empresa particular. Mi cuñado trabaja allá y por medio de él me dio los datos. No salí a veranear, ni una cosa este año; trabajé no más, para estar al día en el dividendo, en todo. Yo le digo a los chiquillos, la casa ahora es de ustedes, uno algún día voy a morir, ustedes van a quedar con casa así es que tienen que luchar por eso, que mi hija encuentre trabajo ahora no más, para que tiren ellos para arriba. Yo el año pasado estuve haciendo sopaipillas, pero como ahora estoy trabajando estoy más estable, no he tenido problemas. El otro día hicimos completada y sopaipillas y se vendió todo en un rato. Yo no he necesitado hacer eso ahora, porque como mi hijo me está pagando todas las cuentas, pobrecito le saco el jugo

De todos modos es la mejor situación que hemos tenido, porque uno está viviendo de lo de uno, de lo propio. Allá teníamos lo propio, pero no estábamos seguros. Imagínese en cualquier momento nos podían sacar y a dónde íbamos a ir, íbamos a seguir dando vueltas y vueltas. En cambio acá no, ya postulamos, salimos con este departamento, aunque la prioridad de nosotros era casa, pero hay que conformarse. Nosotros nos imaginábamos como iba a ser, pero todo no podía salir como nosotros queríamos.

Los vecinos

Al principio tuvimos problemas con los que no eran de El Arenal, era un lío, pero después ya no. La gente acá es cariñosa, uno muchas veces no entiende a la gente, muchas veces uno piensa que son mañosas y no son así. A lo mejor de nosotros piensan lo mismo: ¡esa señora, mira que antipática!, pero son solidarios, no son peleadores, pero es diferente a la gente de El Arenal. Allá si había que ayudar a alguna persona, lo ayudábamos; pero acá cada uno vive su mundo, no vamos a decir que pasamos de convivencia en convivencia. Aunque a mi me gustaba más cuando estábamos organizados, éramos porfiado nosotros, insistíamos porque queríamos salir de allá.

Bueno ya que nos vinimos acá definitivamente nos tenemos que adaptar a todo, adaptar. A mi no me ha costado adaptarme, a mi vecina sí, ella todavía sueña con irse a Cerro Navia.

Los hijos

Tengo tres hijos, mi lola tiene dieciocho y está haciendo la práctica de contabilidad, uno de diez y el mayor que estudio técnico en computación. A este niño cuando salió de cuarto medio su papá le pagó un Instituto particular, hizo un curso por ocho meses en tecnología de última avanzada, reparaciones y armado de computador. Y mientras estaba haciendo el curso trabajaba en la feria, después sacó la licencia de conducir, partía con el camión y vendía. Encontró otra pega en la construcción ¡imagínese donde está ahora! Entró un mes de jornalero y ahora este mes ya pasó a maestro, porque el jefe de él es su primo; así que ahí lo tienen trabajando, pero es super inteligente, trabajador y futbolista...

Yo creo que la educación es un privilegio para todos, de todos los niños que venían del campamento ninguno terminó de estudiar, incluso tenían mejor situación que yo. Como usted educa a sus hijos irán a ser, no es cierto, mi mamá era analfabeta, no fue a la escuela nunca. Yo nunca pensé que mis hijos iban a terminar de estudiar, yo pensaba que iban a quedar a la mitad, pero gracias a dios lograron sacar su cuarto medio y eso es hartito decir. Porque como están las cosas, imagínese está la droga, esta tanto libertinaje que hay hoy en día y uno tenía ese miedo. Porque uno a veces no tenía, imagínese yo tenía que pagar 23 mil pesos mensuales, y de donde iba a sacar eso; y por su esfuerzo el ganó su beca por dos años, becado y de almuerzo. Si hubiese sido estudioso yo creo que hubiera estado que rato en la Universidad.

A mis hijos les gusta acá. Allá en el campamento mis hijos no tenían amigos, como veían esa pobreza... No tenían polola, nada; si lo tenían lo tenían afuera no más, no la llevaban; por vergüenza seguramente, incomodidad puede ser... Mis hijos querían casa. Ellos tienen más capacidad para adaptarse, con la juventud, con los amigos. Nosotros estamos mejor de todas maneras, ellos pudieron ver la pobreza que yo tenía antes. Con decirle que a los doce años recién vine a conocer un zapato, a pura patita pelada yo estudié y no me da vergüenza decirlo, si fui pobre.

Yo no le hecho culpa a mi papá ni a mi mamá, bueno que todos hemos tenido que pasar ese proceso, porque fueran ellos educados a lo mejor como yo he educado a mis hijos, seríamos otras cosas. Yo lo único que les he dicho a mis hijos es que ellos ya sacaron su cuarto medio, ahí ven ellos si después estudian, si quieren hacer algo más, ellos verán de seguir o no seguir estudiando.

La casa

Lo que más me gusta de mi casa es la comodidad, porque uno está independiente, al menos tiene su baño, allá teníamos que ir al baño más lejos de lo que teníamos la casa; al menos el mío estaba dentro, pero siempre más afuera de todas las cosas; no como ahora que está todo independiente, eso me gusta. Lo que más me gusta es tener mi agua calentita.

Y lo que más me encantó cuando llegué acá y lo primero que vi y lo único que le dije: gracias señor porque voy a poder por fin, no voy a calentar más agua en la cocina; claro si imagínese yo pensaba que me iban entregar sin calefont, pero venía instalado, llegar y colocar el gas y bañarse; eso es lo que más me gustó. Porque allá calentábamos agua en una tetera, en una olla, teníamos una olla sucia aparte, bañándose, echándonos agua; en el verano no era tanto porque teníamos duchas heladas no más; claro que en el invierno los niños, el frío...lo más lindo que hay es el calefont. A lo que más me costó acostumbrarme fue al espacio.

El futuro

Lo que más me gustaría es que mis hijos terminaran sus estudios y que tuvieran después trabajo, esa es la aspiración mía, que mi hijo mayor así como esta trabajando se consiga plata y pague su matrícula. Así que eso es lo que más anhelo, que ellos sean diferente a mí, no trabajando como empleada particular, sino que el orgullo más grande que tengo es que sacaran su profesión, que terminaran de estudiar al menos. Si un día llegan ellos por su voluntad a la universidad sería la mujer más feliz.

Falta el dinero, falta trabajo, eso es lo que nos falta. Si ellos tienen ganas tienen que salir adelante así como uno salió adelante con ellos, entre la pobreza y la riqueza, la enfermedad, salimos adelante y le dimos sus estudios. Porque muchas niñas que vinieron se han casado, han tenido hijos y no han terminado sus carreras, al menos yo soy orgullosa porque mis hijos ya se están titulando. Pero para poder apoyarlos y ayudarlos nos hace falta el dinero más que nada; es que hay que pagar todo, primero tenemos que tener un buen trabajo; y eso sería el futuro, esa es la opinión mía, delante de ellos se los digo.

A mi me gustaría trabajar en la cocina, ya sea en un hotel, en donde haya cocina, ese es mi sueño, pero para eso hay que tener un apoyo, la oportunidad, no se de quien, yo creo que del municipio o de una empresa, del gobierno, porque muchas veces el gobierno dice: el país está bien, no hay cesantía ¿y en que estamos?

Yo al menos por vivir en el campamento muchas veces me sentí mal, porque yo pienso que estaba viviendo mal, con suciedad, por ser tan pobre para no decir otra cosa. Yo no sé por qué la gente de afuera nos trataba mal, porque estamos viviendo iguales, unos pueden tener más cosas que yo, pero vivimos todos iguales. Si vamos a sentir un olor todos sentimos aunque vivan un poco más allá, pero así es la gente.

No hay batalla que se de que no se gane, a la larga va a tener que dar algo. Siempre hemos tenido la paciencia de esperar. La casa es una batalla ganada, igual que el Fosis, los hijos terminando la educación, sacando su cuarto medio es una batalla que se gana.

Usted llega a su casa ahora puede decir "*gracias a dios*" porque pude tener un baño, porque pude tener un calefón y un techo a mi hijo. No es lo mismo vivir así, sin baño, sin luz. En el campamento hay mucha suciedad y mucha discriminación... Yo encontré una discriminación sobre mi hijo porque cuando vivíamos allá él no pololeaba, no llevaba a la casa a sus compañeros porque sentían inseguridad, como que vivían en una pobreza, ellos la llamaban "última". Y eso que mi hijo estudió en una escuela particular, no fueron internados igual que su mamá, y trabajaba yo y mi esposo. Pero en ese sentido, cuando llegaron a la casa dieron gracias porque ahora pudieron traer a sus compañeros de estudio y van a estudiar a su casa, pudieron invitarlos a alojar en una cama limpia y ordenada, y eso acá lo tenemos. Entonces yo me siento orgullosa por tener lo que he logrado.

1. Presentación

Esta es la historia de Marcelina de Maipú, ella se asemeja a la de Sonia y Carmen de Maipú; Clara, Mercedes y Yuri de Cerro Navia; Delfina, Consuelo y Bernarda de Curicó. Todos ellos construyen su historia aferrados a la comunidad de iguales y a un ideario de justicia colectiva.

Trayectorias estables en su pobreza, pero donde se reconoce el valor de la comunidad en el logro de mejoras en su calidad y nivel de vida. Por ello talvés, uno de los temores compartidos es el miedo a que la comunidad se rompa irremediabilmente.

Una característica común es también la experiencia de migrantes rurales. Todos provienen del campo, del sur de Chile, Temuco, Los Ángeles, San Carlos, Chillán... Todos llegaron a trabajar a la ciudad aún siendo niños movidos por el deseo de una mejor vida: "*Tú te levantabas en la mañana con ganas de comer, de hacer algo y la casa era mísera, era pobre, mi papá borracho, mi mamá apenas podía lavar ajeno...*" Una vez en la ciudad, las niñas trabajarán como empleadas domésticas y los niños en servicios varios. Sus relatos están marcados por un permanente contrapunto entre la vida en el campo, vida de mucha miseria, y la vida en la ciudad, vida de soledad, temores y también oportunidades.

Carmen, Maipú: "Soy de los Ángeles, pero acá se me han abierto las puertas de hartas cosas, por lo menos tengo mi casa. También he logrado bastantes cosas que a lo mejor allá no habría logrado, es que es más chico, más difícil, acá se me ha hecho más fácil, a lo mejor en los Ángeles no hubiera estado acá, habría sido distinta, quizás calladita..."

Justamente porque todos migraron y comenzaron a trabajar desde muy pequeños, la educación es precaria. En este universo tres mujeres son analfabetas, y aunque todas han hecho esfuerzo por aprender a leer y escribir, las tres se saben fuertemente limitadas en su capacidad para desempeñarse en el mercado de trabajo.

Un rasgo común a todos estos pobladores es su gran capacidad de desempeño en los asuntos de la comunidad. Todos, ya sea como dirigentes o vecinos, tienen una trayectoria de activo compromiso en sus villas y poseen fuertes vínculos de solidaridad y amistad con su entorno. Una de las pobladoras analfabetas cuenta con orgullo, como a pesar de no saber leer ni escribir llegó a ser tesorera en su campamento gracias al valor de su palabra y la confianza que ella despertaba entre sus vecinos.

Un temor común sin embargo, es el miedo a perder estos lazos de protección y solidaridad. Dos de ellos, Yuri y Mercedes relatan con impotencia como, a pesar de haber sido dirigentes comprometidos con la organización de vecinos y el ahorro para la vivienda, finalmente quedaron solos y excluidos del proceso de postulación a una vivienda. Ambos, se declaran hoy escépticos y defraudados por esta comunidad; dicen no creer en nadie solo en su propio esfuerzo.

Como veremos, tras cada una de estas historias se ha construido un relato que ordena la propia experiencia de vida, los recuerdos y un *ethos* cultural que funda una cotidianidad donde el valor de la comunidad está siempre presente. Son relatos que dejan entrever, en un lenguaje simple, un conjunto de significaciones implícitas, pero que dibujan un mundo de la vida que todos quisieran más solidario y justo.

2. El contrato social

Estos pobladores perciben que su propia situación de marginalidad es producto de las condiciones económicas, laborales y sociales que los rodean. Es justamente sobre la base de esta percepción compartida que se invoca la intervención del Estado en su rol de garante de los principios de igualdad y justicia social. La concepción del contrato social recoge esta mirada: un Estado que respete y vele por el cumplimiento de los derechos de los más pobres; y una organización de pobladores que exija y controle estos principios de igualdad y justicia social.

Para estos pobladores, no hay otra manera de superar la pobreza que desde una acción participativa entendida como el ejercicio colectivo de los derechos. Esta acción requiere sin embargo, de la concertación con un Estado cuyo papel central es el asegurar el cumplimiento del principio de la igualdad y ayudar a los que se esfuerzan y aspiran a salir de manera solidaria y organizada de su

condición. El reconocimiento a la organización por parte del Estado es finalmente el reconocimiento a los más pobres en tanto sujetos de derechos. Así concebido el contrato social, no es de extrañar que a diferencia de otros relatos, en estos encontremos de manera recurrente conceptos como democracia, igualdad, justicia y derechos...

Mercedes, Cerro Navia: "Me gustaría que se preocuparan más de ... que si van a erradicar un campamento que sea a todos por igual, no porque algunos tengan hijos y otros no tengan, todos tienen derecho a lo mismo, no dejar gente en el camino a brazos cruzados o no prestarle ni una ayuda."

Si la pobreza persiste y la percepción de desigualdad se impone en este país, es porque el cumplimiento del contrato social tiene deficiencias serias. Como dice Yuri desde la rabia y la impotencia: *"Estoy en contra de la injusticia, todo, todo...pero la igualdad llegó para todos, o sea estamos todos cagados (mal) ahora... por parejo, llegó la igualdad para todos, eso era lo que quería el presidente."*

La desigualdad social se percibe como una de las principales trabas para poder salir de la situación de marginalidad y exclusión. Pero como ellos señalan, históricamente siempre ha sido así, el poder de los que tienen más sobre los que tienen menos:

Sonia, Maipú: "...y no es de ahora no más, el pobre tiene que andar, como se dice, a la voluntad de los que tienen más. Los que tienen más poder y eso siempre va a ser así, es que yo creo que si nosotros hubiésemos tenido más plata... pero como falta lo principal que es la plata, entonces siempre va a ser eso así. Porque siempre el que tiene más va a joder al que tiene menos, y va a querer tener más de lo que tiene. Pero yo creo que con plata o sin plata somos todos iguales, vamos a ir a parar todos donde mismo, porque el día que nos muramos no van a decir este aquí no porque tiene más plata..."

Clara, Cerro Navia: "Tanto que hablan de que en este país se va acabar la pobreza, pero eso nunca va a ser así porque siempre los de arriba van a estar apuntándolo a uno con el dedo, pero yo no me siento derrotada aunque viva en campamento, aunque me da pena por mis hijos. Eso es lo peor que no somos lo adultos los perjudicados son también los niños, a ellos les están jodiendo la psiquis, están descalificándolos y eso sí que duele..."

La percepción de que hay dos Chile que no se conocen, un Chile de los que tienen éxito y poder y el otro de los que viven en la miseria y el olvido, es parte de las evidencias que estos pobladores destacan para explicarse las dificultades de hacer realidad un contrato social que privilegie la solidaria y la justicia social:

Juana, Curicó: "No sé por que el gobernador no viene a los lugares, pienso que la realidad de ellos no es lo mismo que si la viéramos en terreno, así que ellos dicen la pobreza, pero no vienen a ver la pobreza, si no que hablan de ella pero no la conocen en realidad, si la conocieran los puntos de vista serían diferentes a como la ven ahora, así que para mi punto de vista no sé, yo pienso que si las autoridades, si la municipalidad se acercara a ver la pobreza."

El estigma de la pobreza y la percepción que siempre se tiene todas las de perder, y que la justicia ha sido hecho para beneficiar a otros es también un elemento presente en los relatos de estos pobladores:

Mercedes, Cerro Navia: "Sea uno como sea, tiene derecho a vivir, a tener donde vivir, a comer, a vestirse, no porque sea mayor de edad, que no tenga beneficios, entonces para mí eso es muy injusto que el gobierno y quienes los acompañan, hacen esas leyes."

Para estos pobladores, el Estado y las autoridades a menudo desconocen a la comunidad organizada, también los acuerdos y la palabra empeñada. Desde su percepción, la ineficacia de muchos recursos públicos en el mejoramiento de sus condiciones de vida se explica en la poca relevancia que el Estado otorga a los lazos comunitarios; o en el uso acotado y excesivamente funcional que el Estado hace de estos vínculos solidarios. Su experiencia de vida, les ha demostrado que sin comunidad y esfuerzo colectivo, poco es lo que se habría logrado:

Sonia, Maipú: "Porque donde nosotros estábamos antes, si nosotros no luchábamos y no trabajábamos, nosotros seguíamos ahí... Porque si nosotros esperábamos que nos ayuden, todavía estaríamos esperando. Eso lo tengo más que pensado, porque nosotros lo pasamos."

La relación con el mercado de trabajo no es fácil, como no lo es para todo nuestro universo de pobladores. Sin embargo, como veremos posteriormente, todos ellos son persistentes y hábiles en su búsqueda de trabajo. Aún así, frente a las evidentes dificultades que el mercado le ofrece a quien cuenta con pocas capacidades y educación, ellos demandan un Estado más activo en la intermediación con el mercado. No es un Estado empleador lo que se demanda (como sí lo es en el caso del modelo de protección clientelar), sino un Estado facilitador y articulador con las fuentes laborales. Para ello el Estado debiera ser más hábil en identificar y distinguir al que tiene verdadero interés por insertarse en un trabajo del que simplemente busca sacar provecho de la relación con el Estado.

Clara, Cerro Navia: "El gobierno debería preocuparse más de todos por igual no solo de la gente que tienen capacidad para hablar o tienen como se dice BLA BLA, que saben envolver... Debería ofrecer más trabajo para la gente, por que aquí por ejemplo, llega ayuda pero acá es muy poco lo que se ve, hace proyectos pero uno tiene que ganárselos. Yo de la municipalidad no tengo que decir nada bueno ni malo, pero no me gusta el sistema que usa... Pero mira, nosotros no pedimos que nos den nada, así me criaron a mí, me gusta luchar por lo que tengo, pero me ha ido mal no puedo arreglar mi dentadura y así no puedo ir a buscar trabajo, mientras yo no pueda arreglar mis dientes no voy a poder trabajar, yo soy joven y me la puedo... somos todos iguales y hay que luchar por todos por parejo..."

3. La tensión identitaria

En estas historias, a diferencia de muchas otras, existe siempre el recuerdo de una temprana experiencia comunitaria... Memoria y orgullo por los orígenes, por el campo, por la familia extendida, por la comunidad mapuche... El orgullo de *ser sureño* refiere a un origen campesino y donde el esfuerzo por salir adelante los distingue de aquel pobre urbano que sucumbe a la pobreza y al dejarse estar:

Delfina, Curicó: "Hay mucha gente que le gusta que le den, pero ellos no ponen nada la gente que todavía está acostumbrada a que todo se le de tan fácil, y como a ellos nada les cuesta. Estos son los poto pelaos (los que nada tienen, ni calzones) de aquí no más. La diferencia es que nosotros tenemos espíritu de superación, cosa que ellos no tienen, nosotros no nos

conformamos con que, a nosotros nos entregaron esta casetita y aquí no más nos íbamos a quedar. Si, **todo sureño tiene espíritu de superación**, vaya a cualquier casa, a la casa de mi hijo...”

En la ciudad sin embargo, la conciencia de ser *los excluidos, los discriminados, “los últimos”* de la sociedad, adquiere fuerza. Adscripción identitaria que con el tiempo - a pesar de la resistencia, - va tomando forma en la imagen que cada uno se hace de sí:

Mercedes, Cerro Navia: “Yo como mujer valía la pena, era una persona que a pesar que tenía dos hijas, era limpia, ordenada, dueña de casa... Ahora no tengo donde vivir....no me siento bien...ahora estoy...como acobijada... yo siempre he estado de allegada, como el patito feo en todas partes...”

Delfina, Curicó: “Porque como sabes yo soy pobre, no tengo medios como para que alguien importante me escuche mis ideas.”

Frente a la exclusión y la discriminación todos responden con un *“nosotros”* que habla de una solidaridad fuerte entre habitantes de los bordes de la ciudad. Estos son relatos que rara vez se hacen en primera persona, por el contrario, la experiencia de la pobreza se construye y se relata siempre desde un *“nosotros”*. Es por ello que aún siendo relatos individuales, estos tienden a tomar la forma de un relato colectivo. Es justamente desde esta capacidad de construir un relato común que se levanta el proyecto familiar y comunitario: salir de la exclusión, romper con la reproducción de la pobreza exige conservar la solidaridad comunitaria.

La tensión identitaria, esto es, las contradicciones entre la idea que se hacen de sí y los obstáculos que se perciben en el camino, es fuerte. Frente a una sociedad donde lo que se impone es la voz del que más tiene, la vulnerabilidad de las propias apuestas se deja sentir en la vida cotidiana y también en las posibilidades de imaginar un futuro distinto. La rabia y la desesperanza surgen entonces como en el relato de Yuri de Cerro Navia.

La experiencia les muestra que a pesar de la comunidad de iguales y de los fuertes lazos de solidaridad, la estigmatización y la discriminación los fijan en una identidad no deseada. Y que el deseo de salir de la situación de exclusión choca permanentemente con los obstáculos que la sociedad y el Estado ponen en su camino: falta de educación, trabajo, segregación urbana, valoración de la competitividad, droga, violencia... haciendo así más difusos e inalcanzables los proyectos para sí, para los hijos y por cierto, para la comunidad. Nostálgicos y aferrados a la idea de recuperar sus lazos comunitarios tan debilitados por el contexto de pobreza y segmentación social que los afecta, estos pobladores tienen dificultades para vislumbrar una salida a sus proyectos vitales. Para quienes obtuvieron sus viviendas el orgullo de lo alcanzado es grande, pero sobre todo por los hijos para quienes siempre se desea lo mejor:

Consuelo, Curicó: “Lo que yo siempre he dicho, que ellos tengan una profesión, esa es la aspiración mía, que el Jonathan tenga una profesión y trabaje, que gane plata le digo yo y que se vaya de este barrio, yo quiero que viva en otra parte... así que yo siempre lo voy a ayudar para que ellos ojalá salgan de esta población...”

Para aquellos pobladores que no obtuvieron su vivienda en cambio, las ganas de partir lejos o de no despertar nunca más, habla de la gran desesperanza que los embarga:

Yuri, Cerro Navia: "Yo no pedí ser chileno, yo nací aquí en este maldito pueblo, en esta maldita tierra, porque nací aquí no más, pero si tu me preguntas si estoy frustrado, estoy achacado, si porque tengo cuarenta años, y pregúntame que hecho en mi vida, nada. No tengo nada, nada, nada. No porque me haya comprado un par de zapatillas nuevas, no porque tenga un auto, yo no soy, no soy un acomodado. Soy un pobre no más yo quise estudiar algo en la vida y no pude, porque no tuve posibilidades. O sea, yo quiero que mi hijo se vayan de este país, que se vayan de este país..."

Mercedes, Cerro Navia: "Para el futuro (se apaga su voz), espero tener mi vivienda para mi vejez, porque la vejez es triste, es cuando uno es sola y no tiene entrada de nada y más triste es cuando uno no tiene donde vivir. Quiero tener mi techo para estar segura. Confío en mi propio esfuerzo, en mí para salir adelante... voy a andar igual que los gitanos, eso es lo que a mí me preocupa."

En síntesis, tensiones identitarias que se debaten entre el resquebrajamiento de un "nosotros" comunitario y rural; y las evidencias de la desconfianza y la discriminación que impera en con su nueva vecindad. Y aunque la adscripción a una identidad colectiva aun está presente entre estos pobladores migrantes; ella tiene dificultades para concretarse en prácticas sociales al interior de sus territorios.

4. El trabajo de la identidad

El trabajo de la identidad en estos pobladores es un arduo ejercicio. Ser sujeto de derechos está a la base de este trabajo que ellos hacen sobre si mismos; aunque a menudo las preguntas son más que las certezas. "*Si yo hubiese sido más viva...*" se dice una y otra vez una pobladora... Sin embargo, más que el culparse a si mismos, ellos recurrirán frecuentemente a la afirmación orgullosa del propio origen: "*yo soy sureña*", "*yo fui pobre*", "*yo soy hija de campesinos*"; afirmación de sí que reivindica una memoria y una historia.

El énfasis en el "*nosotros*" les impide también construir fronteras identitarias entre sus semejantes y los refuerza en la percepción que finalmente todos somos iguales (los que vivimos aquí). Y si vivimos en la pobreza y la exclusión no es por culpa de un "*nosotros*", sino por "*otros*", los que tienen el poder: el Estado, los ricos, los empresarios, los políticos... Justamente porque no somos culpables es que a la comunidad de iguales hay que refundarla y protegerla a como de lugar.

¿Pero cómo seguir siendo uno mismo, como superar la identidad de excluido que pesa sobre cada uno y recuperar la tan añorada autonomía comunitaria? A través de dos caminos complementarios; a) reconocerse en las propias

capacidades, habilidades y logros; b) reafirmar la comunidad. Mecanismos de reafirmación que permiten a estos pobladores levantarse dignamente desde una identidad sustentada menos en la carencia y más en las propias capacidades:

Sonia, Maipú: "Igual me da un poquito de vergüenza, pero no soy ni la primera ni la última que no sabe leer. Y para hacer trámites uno tiene que saber hablarlos... yo aprendí a desarrollarme, porque era tímida y aprendí a sacar todo mi yo de adentro... porque uno a veces escucha o no habla porque piensa que al hablar a lo mejor va a hablar mal... si es verdad, porque uno tiene que defender sus valores también o sus derechos porque uno también tiene derecho."

Mercedes, Cerro Navia: "Si volviera a nacer me gustaría ser la misma persona con el mismo pensamiento, pero nacer en otra familia o tener la experiencia que tengo ahora, nacer con esa experiencia, pero cuando joven. Pero no me gustaría nacer con otra mentalidad, porque yo al menos me encuentro que no soy mala. Tengo buenas intenciones con la gente, con todos me gustan las cosas derecha... gracias a Dios que siempre he sido fuerte. Tengo iniciativa propia y así hago las cosas mirando en las vitrinas, en las revistas. Entonces hago inventos... Por eso, si yo hubiese tenido una buena educación de chica y hubiese tenido medios para seguir estudiando, yo habría sido otra, no estaría aquí, porque me encuentro que no soy tonta, soy habilosa. Entonces me faltó un lugar seguro donde estar y tener dinero para estudiar..."

A pesar de este autoreconocimiento, Mercedes a ratos se vuelve escéptica y se pregunta si talvés más le habría servido más en la vida no ser tan honesta. Una y otra vez se repite que ya no cree en nadie y en un gesto cargado de significados, se deshace de la ropa que vestía cuando era dirigente en el campamento, para poder olvidar: Porque no quiero recordar nada, no sé como explicar, me gustaría quedarme dormida un mes, un año y volver a vivir y no tener que pensar en nada, o sea, ser otra..."

Junto a este trabajo de valoración de las propias capacidades, estos pobladores nunca dejan de recordar las razones más estructurales que subyacen a su situación de pobreza. Razones que hablan de un país que excluye, que les niega un trabajo digno, que les niega la educación... en fin, que impide que cada uno se realice en lo suyo. Si frente a si mismo siempre cabe alguna respuesta o alguna reflexión que permita encontrar una salida, cuando se trata de los propios hijos todas parecieran ser insuficientes. Como Yuri que desesperado anticipa el futuro incierto de sus hijos; o Delfina, que frente a su entrevistador se sincera y admite que lo único que quiere es irse lejos para no ver como su hijo se pierde irremediamente en el consumo de la droga; o Consuelo que aterrada del ambiente de violencia y droga que impera en su entorno se repite una y otra vez que algún día logrará sacar a su hijo de la población. Por los hijos se está dispuesto a todo, ellos constituyen el principal orgullo y una parte central del sentido de existir, de ser en este mundo. Pero también los hijos son la principal evidencia de los límites que el entorno y cada uno de ellos posee para cumplir el proyecto soñado. Frente a los hijos todo trabajo sobre si mismo topa irremediamente con más incertidumbre que certezas:

Yuri, Cerro Navia: "Mira, siento harta frustración porque... yo no tuve ninguna, cero posibilidad de estudios en este país, ¿por qué?, porque yo me crié en el periodo más malo del gobierno militar. Entonces nosotros lo único que hacíamos era sobrevivir, sobrevivir. Luchábamos por el pan de cada día, nada más, y ¿quien va ir al colegio?, no tenía zapato, no tenía pantalón, nunca me regalaron un par de zapatos nuevos porque no... no había la posibilidad. Entonces, a lo mejor dirán, a lo mejor estoy, soy un poco resentido, ¡claro que estoy resentido!, ¡mierda, si yo pude

haber hecho otras cosas!, pude haber llegado mas lejos y no pude... Pero si tu me preguntas si pienso... yo ya en mí no pienso tanto, pienso más en ellos (los hijos) , yo quiero que ellos salgan de aquí de Chile. ¿Que le espera a mis hijos más adelante? ¿Irán a tener algún futuro? ¿Irán a ser profesionales? Si a mí me cagaron la vida, no puedo tener como pagarles la universidad. ¿Que van a ser mis hijos? Otros cagados igual que yo... ¿Por que tantas trabas"

4. Las lógicas de acción

El Estado

En este modelo del contrato social que hemos denominado de los Derechos Colectivos, el accionar de estos pobladores se caracteriza por su convicción de saberse sujetos de derecho. La capacidad de estos pobladores de interpelar, controlar e incluso disputarse con el Estado para que cumpla con sus compromisos y deberes no puede comprenderse sin esta noción de derechos colectivos:

Yuri, Cerro Navia: "Yo era el vicepresidente, pero... de palabra no más... decían queremos que tu seas el presidente, porque se ve que eres más entrador. Yo iba a la municipalidad, la alcaldesa no me daba audiencia de un mes para otro, para tres meses. Pero yo le decía a la secretaria, si usted no me permite hablar con ella, yo me tomo la municipalidad y le hago flor de escándalo. Don Yuri, por favor, entre. ¿Te das cuenta? Por la fuerza; pero **yo le hablaba de la fuerza con el grupo, y las cosas cambiaban...**"

Sonia, Maipú: "La alcaldesa nos llevó nylon, unos palos, unos pizarreños para la gente y ahí yo le recordé a la asistente: ¿Por qué ahora aparecieron por aquí? Porque anda la prensa, la tele? ¿Se acuerda cuando nos dijo a nosotros que el invierno se les terminó a ustedes? Pero todavía no se nos termina, venga para acá a ver. Había como tres personas que estaban inundadas. ¿Ve que el invierno nos tocó todavía? Y ella me dijo "Ay, señora Sonia, no se enoje. Yo le contesté ¡Usted como está calentita y no anda metida en el barro lo dice fácil, pero todavía no se nos termina el invierno! Como andaba la tele andaban todos, entonces yo le dije: Vienen a pararse para la tele a decir ¡ Ay! , nosotros estamos con los pobres. Pero a mí no me venga a decir que nosotros estamos con ustedes..."

Imbuidos de una identidad fuertemente colectiva y comunitaria, para estos pobladores el principio de la igualdad constituye una orientación básica que los guía en su relación con el Estado. Es desde este principio que cada poblador se enfrenta a la ayuda estatal; del Estado no se está dispuesto a recibir lo que no se necesita; y es por eso que ellos no dudarán en explicitar, pelear y denunciar su derecho a ser subsidiados y ayudados en lo que consideran necesario y pertinente. En esta lógica la organización es clave para poder existir e interpelar al Estado; la comunidad y sus dirigentes son los principales garantes para velar por el respeto a los acuerdos previamente establecidos.

Uno de los aspectos que contribuye a consolidar y concretar esta concepción de los derechos, especialmente en el caso de los pobladores de Cerro Navia, es la existencia de un espacio municipal abierto y favorable a la participación. Estos pobladores, como muchos otros, se encuentran con un Estado que los convoca

a “participar” organizadamente en los programas sociales. La invitación será acogida, pero no desde una lógica pragmática y de conveniencia, sino desde la identificación con los valores del hacer colectivo. En esta perspectiva la invitación del Estado para trabajar organizados no solo les hace sentido sino también, los reafirma en su proyecto individual y comunitario.

Mercedes, Cerro Navia: “Yo me sacrifiqué, porque cuando la señora alcaldesa nos dijo en una reunión, pónganse las pilas y depositen, depositen para la vivienda porque de aquí vamos a salir. Yo me puse las pilas y trabajé con todos los demás.”

En estos procesos de participación, surgen soportes claves tales como la figura de la asistente social que apoya, informa y hace efectivo el vínculo entre la comunidad y el Estado. Al romperse la dinámica de la burocracia y fluir la información, aumentan entonces las posibilidades de potenciar y agilizar los procesos de emprendimiento colectivo, pero también de autonomía y poder de decisión.

Carmen, Maipú: “Había una asistente social que nos apoyaba mucho, mucho, mucho, mucho, no me acuerdo de su nombre, pero ella siempre estaba diciendo: Saquen sus papeles y yo trato de dejarlos siempre arriba (en prioridad) porque sino no van a salir nunca con su casas; ...en la municipalidad tienen culpa porque esos papeles están estancados aquí. Y ella se preocupó de nosotros ella empezó a preocuparse y luego salimos con casa dentro del año. Ella siempre nos citaba y ella iba siempre adonde nosotros o llamaba por teléfono al que era presidente.”

En estos procesos de construcción de procesos de participación e integración social, la intermediación de estos dirigentes entre el Estado y la comunidad es también central para el control sobre la intervención pública. Los dirigentes son la puerta de entrada a estas comunidades reticentes a la ayuda pública, pero también son quienes “traducen” y “controlan” hacia uno y otro lado los códigos y propuestas:

Delfina, Curicó: “Y conversando con la asistente social, le dije hubo una campaña por el PAP? Y me dijo, invite a su gente pues señora Carmen, a usted le hacen caso, invite a su gente. Mire señora Helena, le dije yo, por mi agarraría a todas estas viejas de las mechas y las traería, pero son muy porfiadas. ¿Cómo las hago entender? ¿Y no saldría más a cuenta, le dije yo, que el consultorio fuera para allá? Después en otra oportunidad me dijo que iban a ir al campamento. Fueron con una ambulancia y en la misma ambulancia hicieron el test. Conseguimos que fueran a bañar los perros también y hartas cosas se lograron.”

¿Cómo comprender sin embargo, que estos pobladores y dirigentes logren – en su relación con el Estado - perseverar en el resguardo de sus comunidades sin derivar en el clientelismo? Evidentemente para ellos también la vida colectiva se debate entre la cooptación y el logro de la autonomía o empoderamiento. Pero a diferencia de otros pobladores, la solidez de su identidad e historia pareciera constituir la principal garantía para perseverar en el resguardo de su comunidad. Un *nosotros* que cuenta con los recursos identitarios para velar por si mismo, y por tanto para negociar y exigir al Estado los recursos que ellos necesitan.

Estos son pobladores que poseen también la capacidad de buscar la información que requieren. El buen manejo de antecedentes, contactos y proyectos compartidos los ubica por tanto en una buena posición para controlar, discutir e interpelar al Estado y sus funcionarios. En esta lógica comunitaria el dirigente no

puede ni debe estar jamás solo, la comunidad supervisa cada una de sus acciones. A diferencia de aquellos casos donde los dirigentes se valen de la comunidad para construir relaciones clientelares, entre estos pobladores no se permite la autonomización del dirigente en relación a la comunidad, ni aún para representarla. A menudo son los mismos dirigentes que exigen a los vecinos presencia en cada una de las gestiones y decisiones. “*La comunidad siempre atrás*” mirando, observando a sus dirigentes constituye una clave que posibilita resguardarse de las trampas del poder público y también de las tentaciones de la cooptación y el clientelismo.

Consuelo, dirigente, Curicó: “Nosotras hablábamos en forma grupal con Serviu, nunca en forma individual. Por ser, yo iba a conversar con la secretaria nunca sola. Siempre yo le decía a las chiquillas, uno no tiene que andar sola, porque uno no puede confiar en lo que dice. Porque nosotras tuvimos hartos problemas con la presidenta que hubo antes, ella siempre decía que ella era la única que tenía que ir a Serviu, que no podía ir otra persona, entonces, después no era así. Cuando fuimos todas, don Pedro, dijo cualquiera puede venir a consultar las cosas y que no era necesario que viniera solamente la presidenta. Entonces cuando yo tome el lugar, les dije, yo sola no, siempre vamos a andar de dos o tres o las que quieran andar, porque así no va ser la palabra que yo les diga. Así ustedes van a tener la oportunidad de escuchar ustedes mismos lo que ellos digan.”

Estos pobladores saben también que las oportunidades y recursos jamás se dan solo desde arriba o solo desde abajo; solo de la relación con la autoridad pública o solo de sus propias capacidades colectivas. Las destrezas para examinar y valerse de uno y otro recurso, venga de arriba o de abajo, pero por sobre todo para hacerlos converger en función de los intereses de la comunidad es una clave que estos dirigentes manejan bien y la comunidad lo sabe. Entre estos pobladores nadie piensa siquiera intentar resolver sus problemas a través de una relación directa con la autoridad, por el contrario, la confianza en la capacidad de intermediación de los dirigentes está siempre presente. El dirigente es quien mejor resuelve, pero sobre todo quien mejor representa y defiende los intereses de la comunidad:

Mercedes, Cerro Navia: “Yo para llegar al gobierno así de ir a la Moneda y decirle yo quiero hablar con el presidente nunca va a pasar, ni creo que pase con nadie. Siempre a través de terceras personas, los dirigentes, se pueden conseguir las cosas... ellos tienen los buenos contactos.”

Desde la lógica de estos pobladores para que exista una justicia redistributiva, el incentivo público no puede estar ausente. No hay posibilidad de justicia social sin Estado y no existe posibilidad de alcanzar los niveles de igualdad deseados sin una participación que sea efectivamente vinculante. Es entonces que la participación de estos pobladores logra contrarrestar las complejas formas que adquiere el poder público. Establecer las reglas del juego entre todos y hacerlas respetar constituye para ellos un principio básico que orienta todo su quehacer. La participación y el compromiso con los suyos desafía e interpela el modo de hacer política local, el relato de Marcelina lo deja claro.

La participación está siempre incrustada en la política y también en la economía; aunque sea una participación elaborada, si no se logra cambiar la estructura que sostiene la desigualdad y pobreza, el proceso puede ser participativo, pero será

incapaz de cambiar las condiciones de vida. Estos pobladores lo tienen claro y así lo expresan con toda su fuerza y rabia. Si la participación no toca al mercado laboral y al poder económico no se logrará la ansiada igualdad; podrá haber menos violencia, pero jamás justicia redistributiva.

Yuri, Cerro Navia: "La municipalidad solo ofrece cursillos, si no estudias una cuestión que te sirva, que te enseñe, y no que los porotos tienes que remojarlos y echarles el arroz... Esos no son cursos, agarrar a los tontos para que no anden parados en la esquina y entretenerlos ahí un rato, nada más. Y para justificar el gasto de plata de los municipales, de sus organismos... Si esto no funciona, no funciona..."

La larga experiencia de dirigencia, de organización, de inventiva y de rebuscárselas para salir adelante les advierte que algo en el Estado no funciona...falta de creatividad dice Delfina angustiada al comprobar la incapacidad de los programas públicos para sacar a los jóvenes de la población de la droga. No son creativos, es decir, incapaces de comprender a estos jóvenes y sus motivaciones. La imaginación, la creatividad y el compromiso de lo público son aspectos altamente valorados por parte de estos pobladores. Sin ellos la motivación y el deseo de cambiar parecieran no encontrar lugar:

Delfina, Curicó: "Tengo un hijo drogadicto y no quiero tener otro. Estoy aburrida, porque el Estado no tiene creatividad, no son creativos para sacar y para ayudar a la juventud. Hay que ser creativo, hay que pensarlo...Le voy a poner el caso de mi hijo, mi hijo siempre estuvo con nosotros ... pero ellos quieren cosas que a ellos les guste hacer, no que nosotros les imponamos, eso no les gusta. Nunca van a lograr nada en este país con ese sistema que tienen porque no son creativos... para ayudar a la juventud hay que llevarles cosas que a ellos les gusten, empezar por ahí, cosas que los entusiasmen."

Ciertamente, a pesar de sus graves falencias, el Estado abre una puerta a través de sus programas, la insistencia de las mujeres en el significado que para sí mismas y sus proyectos identitarios ha significado salir de sus casas para participar en cursos de capacitación, es recurrente. Más que el aprendizaje de un oficio las mujeres destacan la importancia que tuvo en sus vidas el empezar a pensarse como sujetos de derecho frente a otros y frente al Estado.

Clara, Cerro Navia: "El curso fue como una especie de terapia para mí, ya que estaba muy estresada, entonces a mí me sirvió bastante...mi marido no estaba acostumbrado a que yo saliera de la casa entonces me costó harta guerra porque batallé hasta el último porque quería terminar el curso. Más encima el curso era en la tarde cuando llegaba mi marido. Me costó y salí adelante y me gustó. A mí me encantó el curso...aumenta la autoestima... porque yo soy una persona que no sé ni leer ni escribir ... Imagínese nosotras gente de campamento ganamos un proyecto, cuando algunas personas no dan un peso por nosotras, aunque tengamos casas nuevas."

La participación en los programas del Estado ayuda a salir de la rutina doméstica y del encierro, pero como relata Carmen, la sociabilidad que estos programas favorecen o fortalecen pueden gatillar efectos sinérgicos insospechados. No solo articular y fortalecer las redes internas a la comunidad sino también abrir ventanas hacia nuevos horizontes, como por ejemplo empezar a buscar un trabajo:

Carmen, Maipú:" ...nosotras varias hicimos cursos y hoy día yo estoy trabajando en unos casinos porque si yo no hubiese hecho ese curso a lo mejor no hubiera estado y me sirvió... hacíamos

talleres con asistentes sociales. También aprendimos mucho porque ahí nos desarrollamos nosotros, porque yo era calladita y ahora lo más que hablo... hicimos escuelas vecinales nos enseñaron muchas cosas que nosotras no sabíamos ...”

Así como el Estado incentiva a la organización para la gestión de sus programas, así también tiene dificultades para aceptar la autonomización de los grupos que nacen desde su gestión y luego se consolidan. El siguiente relato muestra como la promoción de la participación por parte del Estado puede generar una relación de poder difícil de romper:

Consuelo, Curicó: “... la asistente social dijo que nos juntáramos, todas nos íbamos a ayudar unas a otras con el puntaje y ahí nos iba a resultar la casa... entonces optamos a ojos cerrados y si no había otra opción, era esa. Entonces ahí empezamos a trabajar a hacer bingos, etc. Una vez fuimos a Curicó a dejar unas cartas, fuimos al mismo Servi... fuimos a entregar cartas a donde nosotras pensamos que nos podían ayudar y después la asistente social se nos enojó porque nos dijo que lo primero que deberíamos haber echo era conversar con ella...”

Cuando el Estado traiciona la confianza, en especial aquellos compromisos contraídos con la comunidad, la ruptura puede llegar a ser radical, al punto de llevar a que los pobladores renieguen de todos aquellos principios por los que alguna vez apostaron. Mercedes, antigua dirigente, no deja de preguntarse por que a pesar de sus gestiones y de su colaboración estrecha con el Estado éste no le entregó su casa; un Estado que no supo reconocer su esfuerzo y empeño en la organización. Yuri, ex dirigente de campamento, no logró tampoco obtener su vivienda; ambiguo, transita entre el agradecimiento hacia la autoridad por haberle asignado las viviendas a los vecinos y la amargura de haber quedado excluido de este proceso y por tanto, de la comunidad.

Aun cuando el Estado proponga el diálogo y la participación, ello no siempre ocurre... los pobladores a veces ni siquiera llegan a comprender lo que se les quiere decir. El Estado a menudo se desentiende de la organización cuando los recursos a repartir son escasos o los criterios de asignación obligan a dejar a algún miembro fuera. “*Me llamaron por separado*” cuenta Mercedes al relatar como, a pesar de haber vivido un largo proceso de postulación colectiva al subsidio de la vivienda, finalmente cuando le informan que ella ha quedado excluida por no cumplir con los criterios de asignación del subsidio, la relación se vuelve individual. Separada de su red comunitaria, Mercedes queda sola y desprotegida de los vínculos sociales por los cuales tanto trabajó.

Bernarda, exasperada de no poder comprender lo que dicen “las autoridades” y sospechando que no es más que una estrategia “para confundirlos” opta por retirarse de las reuniones y actos:

Bernarda, Curicó: Está la municipalidad, está FOSIS, están todos esos... **Cuando vienen nos enredan a todos**, viene el gobernador, viene el alcalde, vienen en grupos, y que viene este, que el señor va a venir tal día, que este señor... entonces uno se embola. Y cuando hay reuniones uno va a escuchar, la verdad va a escuchar no más. Yo todavía no conozco cual es el gobernador, se que vino el gobernador, pero no se cual es, no ve que vienen en grupos así. Aquí cada vez que vienen nos agarran, si vienen a puro darnos *calmantes*.”

Así como los “enredan”, el Estado a veces también los debilita en sus solidaridades internas e introduce la desconfianza y la sospecha entre vecinos.

Hábiles en “descifrar” esta lógica, estos pobladores tienen plena conciencia de la maniobra y aunque a menudo no saben como responder y reaccionar, en ellos queda la percepción de haber sido manipulados y pasados a llevar en sus principios:

Bernarda, Curicó: “Las asistentes me miraron la ficha y dijeron: Ah, de veras que usted no viene de hace tiempo, denle una canasta de alimento pero, escondida. Y me escondieron de la demás gente para no darles. Y pasé por detrás de la *municipalidad* para que no me viera la demás gente que estaba pidiendo cosas. Fue malo eso, o sea, yo me sentí mal porque yo había ido con mi hermana, con mi mamá, y a ellas no les dieron.”

La percepción que el Estado trata de “*deshacerse*” de las personas cuando los recursos escasean o los proyectos se terminan es también una percepción recurrente. El Estado rompe también con la lógica comunitaria cuando la intervención en un territorio determinado ha logrado los objetivos buscados. Queda en claro que la organización interesa no como práctica ciudadana más generalizada, sino fundamentalmente como principio estratégico y funcional de gestión social. Se termina el proyecto participativo se termina la interlocución colectiva.

Mercedes, Cerro Navia: “...ahora va gente a la municipalidad y como si te he visto no me acuerdo. Porque antes uno iba a hacer cualquier cosa de tramite, la veían a uno como dirigente y la atendían y ahora no. Ahora uno va y si la ven no la saludan...la otra vez fui y la asistente social me dio a entender que yo era como una peste.”

En la resolución de estas tensiones las instituciones intermedias como las organizaciones no gubernamentales son también importantes. Un buen curso de desarrollo organizacional, de autoestima, de comunicación... abre nuevos horizontes de comprensión y a menudo contribuye a reafirmar el valor de la autonomía, de la identidad colectiva y la organización de pobladores. Abrir el espacio público a nuevos actores, no sólo públicos es una estrategia propia a estos pobladores. Mientras más amplios los contactos, más posibilidades de allegar nuevos recursos y oportunidades a la comunidad de pobladores....pero también más posibilidades que los juegos del poder y el clientelismo se restringan y pierdan espacio.

El mercado

En estas historias existe una gran valoración y capacidad de aprovechar los resquicios y trabajos que les ofrece el mercado. Todos son hábiles en buscar y generarse ingresos aunque los resultados no les hayan permitido jamás salir de la pobreza y la percepción de denigración persista:

Yuri, Cerro Navia: “He trabajado a veces en construcción, algunas veces en las chacras, que es denigrante, porque digo yo podía haber hecho otras cosas, y estaba arrancando porotos, sacando tomates. A pleno sol te picaban los zancudos, acarreando cajas con uvas.”

La larga y esforzada experiencia de trabajo que cada uno de estos pobladores posee les ha entregado las claves para comparar entre ofertas distintas; y

aunque para ellos las posibilidades de trabajo no son muchas, a diferencia de otros pobladores, su buen conocimiento del mercado les permite evaluar, tomar y dejar opciones de trabajo:

Consuelo, Curicó: "Yo hice la práctica en San Angello, y me querían dejar trabajando ahí, pero encuentro yo que ganan poco, ahí pagaban el mínimo, no daban la comida y yo me tenía que costear 4 pasajes diarios. En cambio a mi en la fruta me dan la comida, en esos años me daban la comida, bus gratis por que uno se va y se viene y a mi me gustaba embalar y yo embalando ganaba mucho mas, y yo trabajaba pensando en que me podía comprar esto comprar esto otro y yo feliz trabajaba, trabajaba y trabajaba, a mi me decían la signo pesos, porque yo trabajaba y trabajaba, mientras la chiquillas conversaban, o se iban a fumar al baño, yo me dedicaba a puro trabajar y a la hora de colación a descansar y a comer hasta cuanto ya era la hora de entrar,

Quando el mercado de trabajo no ofrece alternativa alguna o no se cumplen los requisitos para siquiera postular a un trabajo, nacen posibilidades de subsistencia como el trueque entre vecinos, la venta de cosas usadas, la recolección de desechos o simplemente el autoempleo en los estrechos límites de la población.

Bernarda, Curicó: "Yo a veces salgo de cartonera, salgo en el micro, me agrupo con cualquiera que ande de aquí. Vamos para Los Boldos, para la Santa Fé.. ahí me va bien, porque lo que se reúne, el cartón, papel y cosas van para vender, por lo menos juguetes, todas esas cosas uno las recoge y las va a vender allá en el persa (de la población). Los cartones los entregamos en el centro. Pagan a treinta pesos el kilo de cartón, a cuarenta pesos el kilo de papel blanco y así. Lo metimos en saco, lo traemos para acá para juntarlo. También se cambian cosas. Resulta hartito, porque aquí hay varios que no trabajan en el persa (feria) y hacen eso de cambiar. Es bueno porque así se ayudan. El otro día vino una señora de por allá y ni la conozco yo, vino a cambiarme unas *chalitas* (sandalias) para mi hijo por harina. Y yo se la cambié, siempre compramos harina, es importante eso. Ella miro a los niños y me dijo: "¿No le quedará buena?". Y se las probé y le quedaron. Yo le cambié ese día por un kilo y medio de harina y le di mil pesos en plata... Estaban nuevas, esas cuestan seis mil pesos en el centro."

Y aunque miran con suspicacia y escepticismo las ofertas de trabajo del Estado por considerarlos miserables, estos pobladores también se valen de sus cursos como oportunidad de aprendizaje y crecimiento personal más que como respuesta a sus necesidades de empleo.

Carmen, Maipú: "Iban abogados a los talleres y había gente que la echaban de un trabajo y llegaban sin ninguna cosa o lo que decía el patrón estaba bien y ellos no podían defenderse. Entonces a nosotros en todo eso nos enseñaron, que lo que es un contrato de trabajo, que es un finiquito, entonces todo eso explicado para que supiéramos más o menos todas esas cosas en cuanto a trabajo."

Todos coinciden que las ofertas de empleo o capacitación del Estado no sirven para la inserción laboral. Los trabajos son altamente precarios y los oficios nunca se aprenden y si se aprenden están lejos de cumplir con los requerimientos y exigencias del mercado. La lógica del mercado pareciera obedecer más a principios como el "*pituto*" o contacto por sobre las capacidades; la corrupción por sobre el trabajo honrado; la explotación por sobre el salario justo. El Estado y el empresariado son señalados como principales responsables de la primacía que han adquirido estos principios en nuestra sociedad:

Yuri, Cerro Navia: "Para encontrar un buen trabajo, hay que ser hijo del presidente. Claro, tener un buen pituto no más. Ser hijo de algún general, de algún jefe de investigaciones o un sobrino

de milico con rango. O **ser corrupto, no te faltaría la pega**, o sea, coimear, ganarías plata igual.”

Consuelo, Curicó: cuando yo hice el curso, si se puede llamar curso del cuidado del adulto mayor estuvimos haciendo la práctica a los del Hogar de Cristo ... Claro que primeros auxilios nos enseñaron a nosotros, **nos hicieron creer que nos habían enseñado**, pero para auxiliar no pasó nada cuando hicimos la práctica tampoco de nada nos sirvió, porque eran adultos valentes, por ejemplo que se valían por sí solos. Entonces de que te sirvió hacer la práctica, de nada. Al municipio ya no iría a postular para trabajo porque ahí ya llegan los trabajos de empresas...ya que son los últimos. Por ejemplo, ellos acuden al municipio como saben que hay gente que trabaja hasta por una miseria.”

Desde su participación en cursos e instancias formativas, los pobladores sin embargo, logran comprender que no basta con el propio esfuerzo para encontrar un buen trabajo, sino que existen condicionamientos y transformaciones estructurales que cada día dificultan más que ellos puedan conseguirse un trabajo y permanecer en él.

Carmen, Maipú: “Si no hubiera hecho el curso a lo mejor yo no hubiera sabido de que hoy la tecnología es muy grande entonces si antes te ocupaban diez personas para hacer ejemplo una cocina, hoy día pueden ser tres y las otras seis ya no están porque **la máquina hace todo**... entonces antes había mucho mas trabajo...yo veo hoy día mismo porque yo voy hacer un tramite antes había que pasar por una ventanilla preguntarle quiero tal cosa después se pasaba a otro lado y al final hasta que llegaba el documento que yo quería y después venia mano por mano así pasando hasta que llegaba a mi lugar, yo me demoraba toda una mañana para sacar por ejemplo un papel de civil. Y hoy día no uno va y rapidito...”

De los fracasos de los proyectos productivos que les propone el Estado, estos pobladores también aprenden de la lógica del mercado; que en sus barrios y comunas el mercado es pequeño; que en contextos de pobreza la demanda es poca y la competencia mucha para poder siquiera pensar en levantarse su propia fuente de trabajo:

La comunidad

Para estos pobladores la comunidad de iguales antecede al Estado y a la institución pública. Antes que el Estado los “descubriera”, la comunidad ya existía y organizada buscaba salida a su precaria existencia material. Sin Estado “*la vida era buena*” como recuerda una antigua pobladora de la rivera del río Rauco. La comunidad no sólo velaba por la cooperación y resolución de sus conflictos, sino también por la legitimación de sus líderes para la gestión de los recursos en forma común y compartida. El recuerdo orgulloso de este tiempo está en cada uno de estos relatos:

Yuri, Cerro Navia: “El gobierno llegó para las medallas, cuando ya estaba todo listo jehhhh! Chile Barrio, el gobierno participó en esto...? Nada. Al principio fue organización toda de nosotros no más. Salíó un comité, presidente, vicepresidente, tesorero, secretario y una comisión revisadora. Todo un sistema, nuestro.”

Carmen, Maipú: “Nosotros empezamos claro y después ellos (el Estado) al ver el esfuerzo de nosotros, ver que nos esforzábamos también nos apoyaron.”

A pesar de las fuertes transformaciones que han tenido sus vidas tras la erradicación del campamento y el desmembramiento de la vida colectiva, estos pobladores no dejan de alimentar y reforzar sus relatos y sus vidas de lo que alguna vez fue su experiencia pasada. Las dificultades del presente son leídas bajo los códigos a menudo idealizados, de la experiencia pasada. Viejos mapas comunitarios que aún orientan su convivencia cotidiana y ofrecen al menos, algunas coordenadas básicas para hacer frente a un presente de inseguridad e incertidumbre. Como señala Inglehart (1990), los mapas podrán estar caducos y no ser más que un esbozo, pero incluso un mapa borroso es una mejor guía que el dar vueltas al azar. Para estos pobladores al menos, proteger y cuidar su viejo mapa comunitario constituye también una buena forma de reafirmar la legitimidad de sus conductas cotidianas en este nuevo contexto que es la villa. Estos son principios que a modo de una brújula orientan a estos pobladores en lo que es adecuado, justo y verdadero de hacer, pensar y sentir. A diferencia de los pobladores extremadamente marginales donde la memoria es precaria y fuertemente asociada a la sobrevivencia y al azar; en estos pobladores en cambio, la historia colectiva otorga el soporte básico desde donde poder continuar apostando legítimamente (*“antes era así y éramos felices”*) a la comunidad. Un relato épico que habla de un nosotros capaz de oponerse y levantarse al Estado, aunque no siempre se ganara.

Si antes en el campamento la carencia era transformada en fuerza y sentido de la acción, “antes luchábamos por algo” dice una antigua dirigente; hoy que ya no viven en el barro, ese sentido de la lucha colectiva, del sentido del juego y del “pasarle bien” en comunidad pareciera haber perdido fuerza para quedar relegado en el pasado y la nostalgia:

Sonia, Maipú: “A mi antes el campamento me gustaba, bueno que no estábamos tan bien, pero me gustaba porque ahí andábamos trabajando, hacíamos algo por los demás y a lo mejor eso aquí a mí me ha costado... es que aquí no... allá andábamos trabajando, con la Marcelina nos sacábamos los zapatos trabajando, si teníamos que andar a pata pelada metidas en el barro, andábamos todo el pasaje donde vivíamos, de punta a punta le echábamos ripio... **Antes nosotros luchábamos y peleábamos por algo**, por tener algo y si tenemos la directiva, tenemos alguien que nos respalde... allá donde vivíamos nos movíamos hartos, a donde teníamos que ir íbamos, si no nos llamaban a reunión nosotras mismas íbamos y hacíamos reunión... hasta que logramos tener la casa. Allá éramos como un poco más unidos, aquí cada uno por su lado, yo lo veo así, es que allá como que teníamos más fuerzas, más ganas de hacer algo.”

Aún así, a pesar de la comunidad fuertemente debilitada, el sentido de la igualdad y la solidaridad persiste y se defiende. El rechazo a las apariencias, al arribismo, a la vergüenza de los orígenes y a la estigmatización de la pobreza están siempre presentes entre estos pobladores. Todos fueron y son pobres, experiencia de vida que se lleva con orgullo

De este pasado y memoria épica de lo que fue la vida en el campamento va tomando forma el mito de un Chile solidario y cariñoso, que aunque a ratos se desdibuja, finalmente está allí en los más pequeños gestos de la vida cotidiana de los más pobres de esta sociedad. Reciprocidad, cooperación y confianza entre iguales retroalimentan y refuerzan estas solidaridades básicas entre los individuos y su colectividad.

Carmen, Maipú: "Los chilenos tenemos algo rico, que somos cariñosos y de verdad ... El chileno como sea nos unimos y siempre nos queremos, porque donde yo vivo igual ando preocupada de la gente... donde vivíamos antes. Y siempre hacíamos eso y yo encuentro que eso es rico porque somos como acogedores... que si yo necesito la casa siempre está abierta, yo creo que a todos nos pasa eso... siempre están las puertas abiertas de nuestras casas para ayudar a quien podemos ayudar."

El recuerdo de la reciprocidad en el campamento, entendida como relaciones de intercambio no-mercantiles, difusas, vinculantes y basadas en los obsequios de objetos y ayudas se entreteje en cada una de los relatos de estos pobladores. La reciprocidad era parte constitutiva de su vida cotidiana y social, era finalmente el cemento que permitía unirlos en la búsqueda de una vida mejor:

Delfina, Curicó: "Yo allá era la presidenta, pero aparte era como la mamá y la tía y la abuelita de las otras personas porque yo les hacía todos los trámites, hasta esos papeles notariales que eran personales ... Pero yo andaba insistiendo a la gente, supongamos que hoy día le pagan a la gente de los huertos, no se olviden de la plata de la libreta, les decía... Si yo venía, por ejemplo, a sacar un papel, señora Delfina usted va a ir al centro? Sí, mañana tengo que ir. ¿Por qué no me saca usted la fotocopia a mi carné? Y al otro día, señora Delfina sabe que tengo la plata para depositar, pero no tengo tiempo para ir al centro, me la pasaría usted a depositar?"

Aunque en la villa la confianza se va perdiendo, para estos pobladores la relación con los iguales aún se concibe como el ejercicio de un "*nosotros*" que vela por el resguardo del interés de cada uno y de todos. Reforzar vínculos, sumar, no excluir y movilizar son acciones que se emprenden siempre en la perspectiva del resguardo de una identidad y una historia común. La colectividad es el principal recurso para superar las precarias condiciones de vida. Es en esta perspectiva también que se eligen los representantes de la comunidad. Una diferencia distintiva de estos pobladores en relación al resto de nuestro universo, es el énfasis que ellos ponen en el prestigio o buen nombre de quien los representa. Por sobre el poder o los vínculos con el Estado, lo que se valora es la autoridad emanada del prestigio de esta mujer o este hombre. Sea quien sea el líder o dirigente este se debe a la comunidad, cueste lo que cueste. La capacidad de escucha, de comprensión y la paciencia con sus iguales son virtudes que los resguardan ante las tentaciones del caudillismo y la cooptación por el Estado y sus poderes locales.

La autoridad del dirigente, sustentada en su prestigio de hombre o mujer justa (*big man*) lo transforma en un testigo de fé indiscutible y permanente en el tiempo, aun cuando él no detente el cargo, su autoridad y credibilidad persistirá frente a la comunidad. "Yo los hacía participar o sea era justa... el trato todos por igual", dice una antigua dirigente de campamento. El sentido de justicia y esfuerzo de estos antiguos dirigentes del campamento, explica que aun cuando ya no ocupen cargo alguno, continúen siendo consultados y solicitados en gestiones de intermediación y representación frente al Estado. Su palabra y su sola presencia continúan siendo signo de respeto y credibilidad:

En estos nuevos contextos que son las villas, la tarea del dirigente deberá ser por tanto, la formación de una solidaridad organizada, un nosotros que pueda levantarse y constituirse con fuerza ante un adversario común. La capacidad del líder de identificar y controlar a este "otro" es central a su autoridad al interior de

la comunidad. Más allá de las capacidades de estos dirigentes y líderes para guiar a estas comunidades de pobladores, entre ellos prevalece la solidaridad afectiva, fusional y donde lo lúdico convive con los afectos de quienes se saben portadores de una identidad y una historia común.

Cuando el encuentro entre las comunidades y el Estado se realiza en torno a los códigos de la participación y la igualdad, la cooperación, es decir, la búsqueda y concreción de objetivos compartidos puede llegar a construirse fluidamente.

Sin embargo, estos pobladores solo cooperarán con el Estado cuando la ayuda o el subsidio hace sentido con su proyectos colectivos y familiares. Tal vez es por ello que todos adhieren con entusiasmo a las propuestas participativas de algunos proyecto sociales. Cuando se comprende que la propuesta difiere enormemente de la realidad, surge el desencanto y la lógica de cooperación se quiebra dando paso a la disputa por los términos del acuerdo entre la comunidad y el Estado.

Estos relatos corresponden a migrantes rurales, todos con un fuerte sentido comunitario y valoración de la acción colectiva. Para estos pobladores el modelo de contrato social debe ser construido sobre la base del respeto a los derechos de la comunidad; el Estado y la comunidad misma son los principales garantes para velar por su cumplimiento. A diferencia de los pobladores que adscriben a un modelo de la asistencialidad, para estos pobladores el Estado no está llamado a “aliviar” la pobreza, sino a asegurar que existan las condiciones estructurales que posibiliten a todos y cada uno emprender un proceso de movilidad social. Al Estado no se le pide que se transforme en empleador ni asistente, sino que garantice el derecho de todos al trabajo, la educación y la vivienda. La concepción de derechos sociales está presente más que en ningún otro modelo del contrato social. La memoria de un pasado rural y comunitario contribuyen a la construcción de una identidad con fuerte arraigo en los principios de la solidaridad y la confianza; a diferencia de los pobladores que adscriben a un modelo asistencial, para ellos no hay sumisión ni adaptación posible frente al Estado y las duras circunstancias del entorno. El trabajo de la identidad por el contrario, va justamente en el sentido de reafirmarlos en sus capacidades y en el valor de la comunidad. Con identidades sólidas, ellos sabrán moverse frente al Estado de manera más autónoma; la negociación y la confrontación son frecuentes en esta relación que no siempre se construye todo lo participativa y respetuosa de sus derechos como ellos quisieran. Frente al clientelismo o la cooptación por parte del Estado, estos pobladores y dirigentes crearán los mecanismos de resistencia y resguardo de los intereses de la comunidad.

En síntesis, para estos pobladores, migrantes rurales y muchos de ellos dirigentes, el modelo del contrato social se construye sobre la base del respeto a los derechos y la autonomía de la comunidad. Es la comunidad misma, la principal responsable para velar por su cumplimiento. A diferencia de los pobladores que adscriben a un modelo de la beneficencia, estos pobladores no demandan al Estado que les "alivie" su condición de pobreza ni que se transforme en un empleador, sino que les garantice condiciones económicas y sociales justas para que todos y cada uno de ellos puedan emprender un proceso de integración y superación de su condición de pobreza. La concepción de derechos sociales y activa resistencia comunitaria está presente más que en ningún otro modelo del contrato social.

La memoria de un pasado rural y comunitario contribuyen a la construcción de una identidad con fuerte arraigo en los principios de la solidaridad y la confianza; a diferencia de los pobladores que adscriben a un modelo asistencial, para ellos no hay sumisión ni adaptación posible frente al Estado ni a las duras condiciones del entorno. El trabajo de la identidad, va justamente en el sentido de la reafirmación en sus propias capacidades así como en las de la comunidad, principal garante del derecho a la integración en igualdad de condiciones.

Es justamente desde este principio identitario colectivo que estos pobladores se enfrentarán, negociarán y discutirán con un Estado que no siempre es todo lo democrático y respetuoso que ellos quisieran. Frente al clientelismo o la cooptación, estos pobladores y dirigentes sabrán crear los mecanismos de resistencia y resguardo de los intereses de la comunidad. La defensa de su autonomía y del control cultural